DE VIYAO A JACABOA A GUAMANÍ

Historia de Nuestros Antepasados

Rafael Arturo Pérez Figaredo
Familia Pérez · Figaredo · Gely · Mosquera

I

Introducción

Historia de Familia Figaredo

Todo empezó con una pregunta de un adolescente a su abuelo materno. Esto ocurrió al final de la década de los 50, durante un viaje en el antiguo Ford pickup desde el sector Culebras del barrio Guamaní de Guayama a San Juan. La pregunta fue: ¿En qué lugar de Asturias vivía el bisabuelo Rafael Figaredo Orraca al iniciar su viaje a Puerto Rico? Su respuesta fue "Infiesto", la capital de la provincia de Piloña. Con ese nombre del pueblo grabado en su mente, el adolescente quedó obsesionado por visitar el lugar de origen del bisabuelo materno.

Después de sus estudios en medicina, y haber ingresado a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, fue asignado a la Base Aérea de Torrejón, cerca de Madrid, España. El deseo de explorar sus raíces en Asturias lo llevó a viajar a Infiesto con solo un certificado de matrimonio del bisabuelo que establecía a Bilbao como lugar de nacimiento. Nos reunimos con el párroco Don Víctor de la Iglesia de Infiesto, donde también existió el antiguo orfanato donde el bisabuelo residió. Él afirmó que Bilbao no podía ser. Sugirió Viyao, pues Bilbao no existía en esa área. Nos dirigimos a la parroquia de Borines, donde se guardaban los archivos sobre nacimientos, matrimonios y defunciones de la región. Después de varios viajes, se logró recopilar información y trazar nuestras raíces hasta mediados del siglo XVIII.

Gracias a esa información, pudimos apreciar la situación en que nuestro bisabuelo, Rafael Figaredo-Orraca, huérfano, había vivido. Un ambiente rural con pocos recursos económicos, evidencia de epidemias y fallos agrícolas debido a plagas, proveía pocas esperanzas de éxito. El deseo de buscar nueva vida en América lo motivó a tomar la gran decisión de abordar un barco para la travesía a Puerto Rico. No tenemos datos sobre el viaje, pero pudo haber sido en un barco de vela o de vapor primitivo. Hubo ciudadanos que se dedicaban a ayudar a los inmigrantes a establecerse en la isla, y él escogió a Patillas como su destino final. Existía en el área una industria azucarera incipiente y terreno agrícola disponible. Amparado por la Cédula de Gracias de 1815, contrajo matrimonio con María de las Mercedes Galio Bossolo y tuvieron cuatro hijas. Años después de la muerte de la señora Galio, él contrajo matrimonio con Elvira de Santiago Rodríguez, "Mavilla", y procrearon cuatro hijos, incluyendo a mi abuelo, Arturo Figaredo de Santiago. Se establecieron en el Sector Jacaboa de Patillas, en una finca agrícola. Fue elegido a la alcaldía de Patillas en tres ocasiones. Fue prominente defensor de la corona Española en la Isla, y miembro del Contingente de Voluntarios para la Defensa Española de Puerto Rico durante la Guerra Hispanoamericana. Su muerte súbita a principios del siglo 20 dejó la finca en manos de familiares.

Varios años después se trasladaron al Sector Culebras del Barrio Guamaní de Guayama, al comprar una finca con casa rural. Esta fue sede de la elaboración de aceite de hoja de

malagueta (bay oil) usado en la manufactura de alcoholado y perfumes. Los Hermanos Rafael (Fello) y abuelo Arturo manejaban la operación. A la muerte del tío Abuelo Fello, Arturo pasó a dirigir la empresa. Éste contaba con empleados leales que trabajaban con gran energía, manteniendo la producción, la cual se prolongó hasta los años sesenta, cuando, debido a problemas serios de salud del abuelo, cesaron las operaciones. Recuerdo haberlo acompañado a entregar un drón de aceite de malagueta al alcoholado Santa Ana en Bayamón — semanas de trabajo condensadas en un contenedor.
Recordamos con gran nostalgia la belleza del Sector Culebras en esos tiempos; se distinguía por la abundancia de flores, mariposas y chupaflores. El olor a flores y alcohol impregnaba el lugar. La casa original fue destruida por un incendio que la familia nunca olvidó. Abuela Titi y abuelo Arturo fueron responsables de nuestra formación como ciudadanos. Admiramos su dedicación a la familia, al bienestar de sus empleados y la promoción de educación y buenos principios en sus descendientes. Estos abuelos ejemplares fueron los pilares que mantuvieron a la familia unida en tiempos difíciles. Abuela Titi se distinguía por su habilidad culinaria, especialmente los postres de frutas abrillantadas, pastelillos, mantecado casero, etc. Tuvo entrenamiento de enfermera básica y era de gran ayuda cuando enfermábamos en la niñez. Abuelo era un trabajador incansable en la finca y en la fábrica. Persona de principios y valores bien fundados por sus padres. Sus empleados eran como familia para él. Mantenía a sus nietos repletos de frutas, dulces, y nos proveía de mascotas compañeras. Recuerdo al pastor alemán Teddy, y la yegua que recibí de regalo de Reyes, que me acompañaron por varios años.

II

Viyao, Asturias

Una tierra que moldea almas
Una tierra que moldea almas

Enclavada en el corazón verde del concejo de Piloña, en el interior oriental de Asturias, la parroquia de Viyao —conocida también por su nombre vernáculo, Viyáu— emerge del paisaje como si la propia tierra la hubiera esculpido con paciencia milenaria. Aquí, donde las montañas no simplemente rodean sino que abrazan, donde la niebla matutina desciende sobre los valles con la suavidad de un susurro, existe un lugar que ha forjado el carácter de quienes lo han habitado desde tiempos inmemoriales. Es una tierra que no se entrega fácilmente, pero que a quienes la trabajan les ofrece una belleza sin par y una generosidad profunda.
Piloña se asienta en un territorio marcado por una topografía de extraordinaria complejidad y riqueza visual: valles fluviales encajados entre laderas pronunciadas, crestas montañosas que se suceden en oleadas hacia el horizonte, praderas que brillan con un verde casi inverosímil bajo la lluvia persistente del norte ibérico. El río Piloña, afluente del Sella, articula estos paisajes como una vena vital, recorriendo gargantas y vegas en su descenso hacia el mar. Sus riberas, pobladas de alisos, fresnos y sauces, crean corredores de vida que han sustentado a las comunidades locales desde épocas prerromanas. Es en este contexto de abundancia contenida —una generosidad que exige esfuerzo para ser revelada— donde Viyao encuentra su singular identidad.

Un Paisaje que Habla
El terruño de Viyao es, ante todo, un paisaje de contrastes armoniosos. Las laderas más umbrías, orientadas al norte, sostienen bosques mixtos de robles (Quercus robur y Quercus petraea), castaños monumentales, hayas de troncos plateados y avellanos que entrelazan sus ramas sobre los caminos rurales. Bajo su dosel, el suelo se alfombra de helechos, musgos de un verde esmeralda y una variedad de plantas silvestres cuya exuberancia contrasta con la austeridad del cielo gris asturiano. En primavera, estas

laderas se salpican de color: la blancura efímera de los cerezos silvestres, el amarillo intenso de la retama, el malva delicado de los brezos que conquistan las zonas más expuestas.
Las laderas más soleadas y los fondos de valle albergan los prados de siega, esos tapices de hierba fresca que han definido la economía ganadera asturiana durante siglos. La hierba crece con una vitalidad asombrosa, alimentada por las lluvias atlánticas que llegan cargadas de humedad desde el Cantábrico, a apenas cuarenta kilómetros en línea recta. Hórreos de madera y piedra —esas construcciones elevadas sobre pilares cónicos que desafían el tiempo— custodian los límites de las fincas, testimoniando una forma de vida donde nada se desperdiciaba y todo tenía su lugar preciso bajo el sol o bajo la lluvia.
Los huertos familiares, llamados cortines o simplemente güertos, completan el mosaico agrario. En ellos prosperan las berzas de hoja rizada, las fabes asturianas —legendarias en la cocina regional—, los puerros, las patatas y, en los rincones más abrigados, los manzanos que en otoño se doblan bajo el peso de sus frutos. La sidra, fermentada pacientemente en las llagares de piedra, es el licor que este paisaje destila de sí mismo, una bebida que contiene en su acidez festiva toda la esencia de Asturias.

Ecos de una Ocupación Milenaria
La presencia humana en Viyao no comienza con los registros escritos ni con la llegada de Roma. Mucho antes, en las brumas del tiempo prehistórico, este rincón del mundo fue elegido por sus habitantes como lugar de vida y de memoria. El Castro de Viyao, asentamiento fortificado de la Edad del Hierro que corona una elevación estratégica a escasos cientos de metros del núcleo parroquial, representa la primera piedra de una historia que se extiende sin interrupción hasta nuestros días. Sus constructores eligieron este promontorio con la sabiduría instintiva de quienes leían el territorio como otros leen el cielo: desde allí, la mirada controlaba los valles circundantes, los caminos de acceso, los recursos hídricos y los pastos. La elevación no era capricho sino necesidad; la fortaleza natural del relieve se convertía en aliada de la supervivencia.
Y más cerca aún en términos geográficos, aunque infinitamente lejana en el tiempo, la Cueva de El Sidrón —a apenas diez kilómetros de Viyao, en el término municipal de Piloña— custodia uno de los secretos más fascinantes de la prehistoria europea. En sus galerías calcáreas, excavadas por el agua durante millones de años, descansaron durante aproximadamente 49,000 años los restos de un grupo familiar de Homo neanderthalensis: un abuelo, padres, tíos, niños. Una familia. Su presencia en estas tierras subraya algo que ningún libro de historia puede expresar con igual elocuencia: este paisaje ha sido hogar desde los albores de la humanidad. La misma humedad que impregna los bosques de Viyao, el mismo abrigo que ofrecen sus formaciones kársticas, la misma abundancia de fauna y flora que nutría a los neandertales, fue la que siglos después atrajo a los constructores del castro y, mucho más tarde, a los antepasados de la familia Figaredo.

Cuando la Tierra Exige y Recompensa
A lo largo de la romanización y durante la larga Edad Media, Viyao fue consolidando su vocación profundamente rural. La economía se articulaba en torno a la ganadería —el vacuno asturiano, de pelaje rojizo y mirada apacible, pastaba en los prados comunales— y a una agricultura de subsistencia que aprovechaba cada palmo de tierra horizontal. El centeno y el maíz americano —introducido este último en el siglo XVII y adoptado con entusiasmo por los campesinos asturianos— convirtieron los pequeños campos en despensas vitales. Los castaños, árboles sagrados en la cultura popular asturiana, ofrecían en otoño su cosecha de erizos, que se mondaban en familia durante las magüestos, reuniones comunales alrededor del fuego que eran tanto celebración como trabajo compartido.
La vida cotidiana estaba marcada por ritmos inmutables: la subida del ganado a los puertos de montaña en verano, el regreso a los valles cuando llegaban los primeros fríos, la matanza del cerdo en noviembre —acontecimiento social y gastronómico de primer orden—, la siega de la hierba en junio, siempre pendiente del tiempo, siempre negociando

con un clima que podía volverse adverso sin previo aviso. Era una existencia de esfuerzo constante, pero también de belleza constante: pocos espectáculos en el mundo igualan a Asturias en la plenitud del verano, cuando los prados brillan bajo un sol que aquí se agradece doblemente porque no siempre está presente.

Viyao y Guamaní: Una Resonancia a Través del Atlántico

Existe algo profundamente revelador en el hecho de que Rafael Figaredo Orraca, nacido y formado en la dureza generosa del paisaje de Viyao, encontrara en la sierra de Guayama —en el barrio montañoso de Guamaní, al sureste de Puerto Rico— un nuevo hogar donde arraigar. Porque quien observa ambos paisajes con ojos atentos no puede dejar de percibir una resonancia extraña y hermosa entre ellos, como si la tierra hubiera guiado sus pasos hacia un lugar que, siendo completamente diferente en luz, color y temperatura, guardaba en su interior una estructura familiar para el alma asturiana.

La Sierra de Cayey, cuyas estribaciones orientales abrazan el territorio de Guamaní, presenta una topografía que evoca —de manera tropical y exuberante— aquella geografía de valles encajados y laderas pronunciadas que definen el carácter de Piloña. Las quebradas que descienden desde las alturas, alimentando el Río Guamaní en su camino hacia la costa caribeña, reproducen en clave subtropical la misma lógica hidráulica que en Asturias articula los ríos Piloña y Sella. La montaña, en ambos casos, es más que geografía: es principio organizador de la vida, fuente de agua y frescor, refugio contra el calor de las tierras bajas y origen de la fertilidad agrícola de los valles.

La vegetación, aunque radicalmente distinta en sus especies, comparte una densa generosidad que habría resultado reconocible para los ojos de un asturiano trasplantado al Caribe. Donde en Viyao crecen robles centenarios y hayedos de sombra profunda, en Guamaní ascienden por las laderas los bosques secundarios de tabonuco, ausubo y yagrumo, intercalados con palmas reales que se doblan con elegancia bajo el viento del este. Donde en Asturias los helechos cubren los suelos umbríos, en Puerto Rico el helecho gigante y diversas especies tropicales forman tapices igualmente exuberantes bajo la bóveda arbórea. El malagueto —árbol cuyas hojas serían, décadas después, la fuente de sustento de la familia Figaredo en Guamaní— crece precisamente en estas laderas montañosas de suelo fértil y humedad constante, en una franja altitudinal que recuerda, en su lógica ecológica, a los bosques mixtos de media montaña asturiana.

Incluso el carácter de la agricultura guarda paralelismos significativos. Las laderas de la sierra de Guayama, trabajadas con dedicación por generaciones de agricultores puertorriqueños, producían café, plátanos, viandas tropicales y frutas que requerían, como los campos de Viyao, un conocimiento íntimo del terreno, una paciencia para leer las lluvias y las nieblas, y una resistencia física forjada por años de trabajo en pendiente. La niebla que con frecuencia corona las alturas de la Sierra de Cayey al amanecer —fenómeno tan característico del interior montañoso de Puerto Rico— habría tenido para Rafael Figaredo un aire vagamente familiar, un eco visual de las brumas que en Viyao descienden desde los picos hacia los valles en las mañanas de otoño.

El Testamento del Paisaje

En la actualidad, Viyao conserva con dignidad serena los rasgos esenciales que lo han definido a lo largo de milenios. La actividad agraria, aunque disminuida frente al empuje de la economía contemporánea, no ha desaparecido; pequeñas explotaciones ganaderas mantienen vivos los prados, y algunos vecinos siguen cultivando sus huertos con la misma constancia que sus abuelos. El Castro de Viyao, aunque silencioso, permanece en la memoria colectiva como ancla de una identidad que ningún siglo ha conseguido erosionar del todo. Sus muros, cubiertos de líquenes y musgo, son la escritura en piedra de una historia que comenzó antes de que existiera el concepto mismo de historia.

El letrero Viyáu en la AS-258 —fotografiado en 2002 en uno de los viajes de reencuentro— marca el punto donde la historia familiar y el paisaje asturiano se tocan. La casa que Rafael construyó para su hermana Ramona sigue en pie en el número 29 del lugar Viyao: coordenadas 43°23'28.6"N 5°20'27.5"W. El horizonte no ha cambiado.

En Viyao como en Guamaní, el paisaje no es simplemente el escenario de la historia familiar: es su primer capítulo, escrito en roca, agua y verde perpetuo.

III

Familia Figaredo

Rafael Figaredo Orraca, Bisabuelo
Durante el transcurso de su vida, Rafael Figaredo Orraca demostró lealtad a sus principios de buen ciudadano, perseverancia al afrentar obstáculos y tenacidad en luchar para alcanzar metas trazadas.
Tras su nacimiento en un contorno de campesinos, en pobreza y perder sus padres en la niñez, su vida tomó un curso positivo, al recibir alojamiento y educación en el orfanato de Infiesto, ciudad de la provincia asturiana de Piloña.
En plena adolescencia, se trasladó a Patillas, Puerto Rico, a participar en la industria agrícola azucarera de la región. Ciudadanos españoles lo acogieron y facilitaron su adaptación. Lo eligieron alcalde en tres ocasiones.
Dos matrimonios produjeron descendientes que manifestaron amor a la educación y al trabajo. Distinguimos al Tío Rafael (Fello) y Abuelo Arturo, que manejaron la operación de la malagueta en Guamaní. Ramona, hermana del bisabuelo, lo visitó en Patillas cuando contemplaba casarse en Viyao. El bisabuelo, Rafael, le facilitó fondos para construir su casa, que todavía existía en su lugar de nacimiento. La lealtad a su familia y compueblanos se manifestó en sus acciones.
Demostró su lealtad a su patria, España, participando como voluntario en las milicias, para la defensa de Puerto Rico durante la Guerra Hispanoamericana, viendo acción en las áreas de Arroyo y Guayama.
Su muerte súbita en Jacaboa, mientras trabajaba en reparar el techo de su casa, marcó el final de una travesía llena de situaciones.

Familia
Tío Cuquín (Jose Arturo) Figaredo López
De nuestros tíos guardamos muchos recuerdos; aunque nuestros padres se mudaron a San Juan, siempre frecuentábamos la finca en Guayama. Tío Cuquín (José Arturo), el mayor, nos proyectaba un espíritu de confianza y seguridad. Confidente de los abuelos y nos trataba con mucho cariño. Recuerdo el día que me invitó a acompañarlo a cazar patos en Pozuelo, en compañía del Dr. Pérez, médico cirujano de Guayama. No vimos muchos patos y regresamos con las manos vacías, pero disfrutamos mucho. Dr. Pérez fue el médico que operó a mi abuela en medio de una noche en la Clínica Lafayette de Arroyo, para liberar una hernia de ombligo estrangulada y así salvarle la vida. Tío Cuquín se estableció en Guayama y se dedicó al sector de seguros y bienes raíces. Casado con tía Carmita Meléndez, tuvo tres hijas: Carmencita, María Dolores (Malole) y Cochita, y un hijo: José Arturo, ingeniero tecnológico, siendo él y sus hijos los que conservan el apellido Figaredo en Puerto Rico.
El padre de tía Carmita, don José María Meléndez, casado con Dolores López (Doña Lola), era comerciante, localizado en una de las esquinas de la plaza del pueblo, con su tienda de zapatos "La Favorita". Se especializaba en la línea de zapatos "Buster Brown" para niños, y "Roble" para adultos. Muchos zapatos elegantes para damas. Don José compraba zapatos en Nueva York y su selección siempre era superior a sus competidores. Le enviaba a nuestra abuela Titi muestras de zapatos para que ella se los probara y que escogiera sus favoritos sin tener que ir al pueblo. Éste demostraba la calidad de persona que era don José y su atención personal a los compueblanos.
Tío Alfredo Figaredo López
Un ser humano de principios y de inteligencia extraordinaria. Se fue a los Estados Unidos a cursar estudios en Ciencias Naturales previo a Medicina. Fue de la primera clase

graduada de la Escuela de Medicina Tropical en 1954 — reconocido como el mejor estudiante en Pediatría — y estableció la primera residencia de psiquiatría pediátrica en Puerto Rico. Trabajó incansablemente junto a tía Alina Abolafia y su hija Lina. Lina trabaja en el Departamento de Protección Ambiental, en Washington DC. Está casada con Badri Younes y tienen tres hijas y un hijo. Tenemos a tío Alfredo y tía Alina en nuestro pensamiento por siempre por sus atenciones con la familia y con su país.

Tío Toñito (Sixto Antonio) Figaredo López

Tío Toñito (Sixto Antonio) tuvo con Alice Zepenfeld una hija, Yvonne Marie, que reside en España. Fue ejemplo de superación, constancia y autosuficiencia para todos los ciudadanos puertorriqueños. Miembro voluntario del Regimiento 65 de Infantería de Puerto Rico, que participó en la Guerra de Corea, sufrió heridas severas en el campo de batalla que casi le costaron la vida. El ambiente frío de Corea del Norte en invierno evitó la muerte por hemorragia, combinado con la milagrosa asistencia en el campo de batalla de Luis Enrique Torregrosa, su compueblano y amigo de niñez, quién lo recogió. El Dr. Coco Vicens, compatriota, lo atendió y pudo sobrevivir. A pesar de perder un ojo y el daño a su movilidad, vivió una vida completa, con máxima independencia. Se casó con tía Sonia Angelí. A su regreso de Corea tuvieron tres hijos: Antonio, Milagros y Lourdes. Yo todavía recuerdo con gran emoción la llegada de tío Toñito al campo de Culebras, después de una larga convalecencia. A su llegada a Puerto Rico, había ordenado un auto con adaptaciones especiales que le permitiera conducir. Era descapotable y muy bonito. Cuando entró al sector Culebras, fue recibido por los empleados de la fábrica. Lo cargaron en hombros, aplaudiendo y cantando, y lo trasladaron hasta la casa de mis abuelos para que se abrazaran. Yo presencié este emocionante encuentro a los 8 años de edad y nunca lo olvidaré.

Tía Pabel (Isabel) Caolo Figaredo

Tía Pabel (Isabel) se casó con tío César Caolo, Ingeniero de profesión. Tuvieron tres hijos: Dr. Héctor Nicolino (Nicky), Dentista, César Arturo (Tito), Instructor de tenis en Florida, y Lizette, Propagandista Médico. Fueron los primos con quienes más alterné en la niñez. Recuerdo el gran esfuerzo y dedicación de tía Pabel en el cuido de tío César durante su enfermedad y su dedicación a tío Osvaldo, proveyéndole dirección y asistencia, como le prometiera a abuela Titi. Su corazón era de oro para su familia y para todo el que requería su ayuda. Siempre recordaremos su entusiasmo y dedicación a la familia.

Tía Virín (Elvira) Gotay Figaredo

(Elvira) con su personalidad tranquila y su gran amor por la familia, cuando niña, contrajo difteria y estuvo gravemente enferma. Fue salvada por una traqueotomía. Se casó con tío Pepín (José Manuel Gotay). Era ingeniero electrónico, y trabajó con la Agencia Aeronáutica Federal (FAA). Era de carácter servicial, muy amante de las comunicaciones y la pesca. Llenaban de cariño a sus sobrinos, y los tengo en mi corazón. Su hijo Padre Tarcisio, asignado al Vaticano por varios años, dirigió después la Iglesia Santa Teresita en Puerto Rico — su muerte inesperada fue muy sentida. Su hija Elaine, periodista, reside en Estados Unidos.

Tío Osvaldo Figaredo López

Tío Osvaldo, desde temprana edad, tuvo una condición mental; pero a pesar de su condición, vivió una vida ejemplar. Abuela Titi, tía Pabel y tío Alfredo crearon una red de apoyo y cuidado al querido tío. Tío Alfredo se dedicó a la medicación, necesaria para mantenerlo en buen estado mental. Tía Pabel dedicó muchos años de su vida al cuido y supervisión del tío Osvaldo. En sus mejores momentos: trabajó en el Hotel Concord del estado de Nueva York. En las montañas Catskills, favorito de veraneo de los neoyorquinos. Se dedicaba a distribuir las toallas a los bañistas durante el día; de noche tocaba los palitos con la orquesta del hotel. Le llamaban el chico Figaredo y era muy querido en el hotel. En Puerto Rico fue asistente del licenciado Nando Recio, conocido de la familia; éste confiaba en tío Osvaldo y le asignaba sus encomiendas de trabajo, lo cual el tío apreciaba. En los últimos años de su vida, ingresó en el Hogar de la Providencia en San Juan, donde asistía a las monjas con tareas sencillas y proveyendo asistencia a otros

residentes en el hogar. Él nos regaló varios momentos jocosos y era muy perspicaz con sus frases, como: "La rubia al escape".

Aída Figaredo López, Nuestra Madre

Nuestra madre, Aída Figaredo López, la hermana mayor, estudió magisterio en la Universidad de Puerto Rico. Ahí conoció al tercer día de clases al que sería nuestro padre, Rafael Pérez Mosquera, natural de Humacao, y también maestro de escuela. Tuvieron tres hijos: Rafael, Carmen Aída y Arturo. En los años 40, la primera asignación como maestro era donde surgiera la vacante en su concentración. Estos años fueron de muchos sacrificios familiares debido a las transferencias de trabajo de nuestros padres. Vivimos en Hormigueros, Gurabo, Río Grande, Guayama, y finalmente en Río Piedras, durante la trayectoria de nuestro padre en el sistema educativo. Nuestra madre sacrificó su vida académica por la vida familiar, apoyando a nuestro padre hasta que lograra sus metas en el Departamento de Educación. Nuestra madre fue una mujer de profundas creencias religiosas, practicándolas continuamente durante toda su vida.

Rafael, Hermano Mayor

Rafael, el hermano mayor, el cual hizo la pregunta al abuelo sobre el lugar de partida del bisabuelo, continuó su trayectoria: estudió Medicina, fue médico de pilotos en la Fuerza Aérea Americana y tuvo un entrenamiento en Dermatología en la Universidad de Harvard. Se distinguió al ser nombrado residente en Jefe en su último año de estudios. El primer puertorriqueño en completar estudios post grado en Dermatología en Massachusetts General Hospital, el principal hospital de entrenamiento de la Universidad de Harvard. Con su esposa, Nilda Méndez Nieves, criaron a su hijo Rafael, abogado analista de la compañía de seguros Equitable. Casado con Kristen Elder y su hijo Javier, vive en Carolina del Norte. Su hija Roxana, es profesora titular de Arte en la Universidad de Carolina del Norte de Chapel Hill. Casada con Mario Marzán, son expertos de la caminata de Santiago en Galicia. También han colaborado en la recopilación del árbol genealógico.

Cuando el adolescente le preguntaba al abuelo materno sobre dónde vivía el bisabuelo asturiano al emigrar a Puerto Rico, existían familiares viviendo en el área de Infiesto. Su hermana Ramona había visitado a su hermano Rafael en Patillas y él le ayudó económicamente a construir una casa campestre en Viyao. Esa fue la casa en que ella vivió al casarse con Benito del Valle. Esa casa todavía existe. Los descendientes de ese matrimonio continuaron viviendo en el área y los conocimos.

Nuestra visita a Asturias al final de los años setenta fue un encuentro cargado de emoción y la prima asturiana contemporánea de abuelo Arturo casi se desmaya de emoción. Ella había soñado la noche anterior que familiares provenientes de América la visitarán. Fueron muy amables con nosotros y tomamos fotos de la unión familiar. En nuestra última visita al lugar donde residían, sólo vivía un primo, descendiente de una nieta de Ramona. Él administraba el bar/restaurante antiguo perteneciente a la familia.

Encontramos varias personas con el apellido Figaredo en el área de Infiesto pero no hemos logrado establecer parentesco, en registros oficiales. Creemos que la omisión en registrar nacimientos y matrimonios a principios del siglo diecinueve podía ser responsable de esta situación. Éstos tenían gran parecido físico con nuestras tías y tíos en Puerto Rico.

Pensamos visitar en el futuro al primo residente en 5ta. Eulalia de Cabranes para darle copia del libro genealógico con información de los antepasados, con los cuales compartimos contenido genético. Hemos encontrado que somos una mezcla genealógica de varios pueblos en la Península Ibérica y otros lugares como Italia del Norte de África, además de la sangre criolla puertorriqueña.

Hermana, Carmen Aída

Mi hermana, Carmen Aída, nació en la finca de Guamaní. Debido a las transferencias de trabajo de nuestros padres a varios pueblos de la isla, Carmen Aída permaneció al cuidado de los abuelos en la finca de Guamaní. Ella recuerda vivamente que durante una estancia de verano en Río Grande, donde se encontraban sus padres y hermano Rafaelito, añoraba intensamente a sus abuelos y a Guamaní. Fue tan intenso ese deseo, que un día hizo una mochila y sin encomendarse a nadie, emprendió un viaje de Río Grande a

Guamaní. Su travesía fue de corta duración, ya que al pasar por la escuela a la salida del pueblo, unas maestras la reconocieron, y la llevaron a la oficina del Director de la escuela, que era nuestro padre. Eventualmente, toda la familia pudo mantenerse unida, ya que nuestro padre fue trasladado por motivos de trabajo a Guayama. Así que hubo un final feliz. En 1959 Carmen Aída volvió a vivir con sus abuelos en Guamaní durante un año, regresando luego a Río Piedras, junto a sus padres y hermanos.
Hizo estudios de Audiología en Syracuse, N.Y. Luego de casarse con el economista James Johnson, él estableció un negocio en Nigeria, donde vivieron varios años. Con los hijos, se mudaron a España, donde crecieron y se educaron. Su hijo James (Jimmy) estudió ciencias aeroespaciales, y trabaja en España con Airbus. Justin estudió Administración de Negocios; casado con Wilma Sierra, se encuentran viviendo y trabajando en San Diego. Tienen dos niños: Matteo e Isabella. La conexión de Carmen Aída con España y su vivo interés por descifrar nuestra genealogía, facilitaron viajar, colectar, analizar y organizar la data del árbol genealógico.
Hermano Arturo
El hermano Arturo, abogado de profesión, tuvo grandes logros trabajando con un prestigioso bufete en Puerto Rico. Debido al quebrantamiento de su salud, tuvo que retirarse de su trabajo. Se casó con Ángela de Jesús, abogada y jueza en el sistema legal de la isla. Después de nacer Ángela Pilar, ellos se divorciaron. Ángela Pilar logró una maestría en Psicología y reside con su familia en el estado de Florida. En su segundo matrimonio con la Lcda. Socorro Cintrón, tuvieron tres varones: Arturo, Alfredo y Antonio (QEPD). Arturo estudió arte en la Universidad de Chicago y en la Escuela del Instituto de Arte de Chicago (SAIC). Es especialista en artes gráficas y trabaja con una compañía de publicidad como director creativo. Está casado con Susanne Ortiz, que hace estudios de Farmacia. Alfredo Pérez Cintrón, segundo hijo, estudió medicina en la Escuela de Medicina de la UPR. Ingresó en la Fuerza Naval del ejército de los Estados Unidos y ha tenido una trayectoria distinguida como médico-cirujano de vuelo. Ha participado en misiones en el Oriente Medio y Europa. Actualmente está destacado en la Base Naval de Rhode Island. Antonio, quien murió en la adolescencia, lo recordaremos siempre.

IV

Jacaboa, Patillas

Donde el río baja de la montaña
Donde el río baja de la montaña y el inmigrante encuentra su destino

Hay llegadas que cambian todo. No el simple acto de arribar a un lugar nuevo, sino ese momento más profundo y más raro en que un ser humano y un territorio se reconocen mutuamente, en que el viajero mira el paisaje que tiene delante y algo en su interior —algún instinto más antiguo que la razón— le dice: aquí. Aquí es donde echaré raíces. Aquí es donde construiré lo que vine a construir. Para Rafael Figaredo Orraca, joven asturiano que llegó a Puerto Rico con poco más que su historia y su determinación, ese momento ocurrió en Patillas, y más específicamente en el barrio de Jacaboa: ese rincón del sureste puertorriqueño donde la montaña y el mar entablan un diálogo eterno y donde la tierra, trabajada con paciencia y respeto, devuelve con generosidad lo que se le confía.
Jacaboa no es un nombre que aparezca en los grandes atlas ni en las guías ilustradas del Caribe. Es un nombre íntimo, de los que solo conocen quienes han vivido cerca de él o quienes lo llevan grabado en la memoria familiar como un punto de origen, como la coordenada geográfica donde una historia comenzó a tomar forma. Para la familia Figaredo, Jacaboa es exactamente eso: el lugar donde el bisabuelo plantó su primer árbol de raíces puertorriqueñas, donde contrajo sus matrimonios, donde crió a sus hijos, donde fue elegido alcalde por sus conciudadanos, y donde, finalmente, una muerte súbita y

prematura cerró una trayectoria vital que había comenzado en los valles lluviosos de Asturias y había florecido bajo el sol del Caribe.

Patillas: La Ciudad de las Alas Pequeñas

Para comprender Jacaboa es necesario comprender primero Patillas, el municipio del que el barrio forma parte y que define el contexto histórico, geográfico y cultural en el que se desarrolló la vida del bisabuelo Rafael. Patillas se asienta en la costa sureste de Puerto Rico con una gracia topográfica que pocos municipios de la isla pueden igualar: es un lugar donde la geografía se ha organizado con una generosidad que parece deliberada, como si la naturaleza hubiera decidido reunir en un solo territorio la mayor variedad posible de paisajes, recursos y bellezas.

El nombre mismo de Patillas lleva en su etimología una imagen poética: deriva de la palabra española para alas pequeñas, referencia a la forma característica de su bahía, cuyas dos puntas de tierra se extienden hacia el mar como las alas de un pájaro que se dispone a volar. Es una denominación que captura algo esencial del carácter del lugar: su relación íntima con el agua, con el movimiento, con esa tensión permanente entre el arraigo en la tierra y el llamado del horizonte marino que define la psicología profunda de todos los pueblos costeros del Caribe.

Patillas fue fundada oficialmente en 1778, sobre un territorio que los Taínos habían habitado desde tiempo inmemorial —sus topónimos, Jacaboa entre ellos, son el rastro lingüístico de esa presencia originaria.

Jacaboa: Geografía de un Barrio Singular

El barrio de Jacaboa se extiende al norte del casco urbano de Patillas, adentrándose en las estribaciones de la Sierra de Cayey con una topografía que va ascendiendo gradualmente desde las tierras bajas costeras hasta las laderas medias de la cordillera. Esta posición geográfica le otorga un carácter de frontera: Jacaboa es el lugar donde el llano costero comienza a transformarse en montaña, donde el clima seco y luminoso del sur de Puerto Rico empieza a ceder ante la mayor humedad y frescor de las alturas interiores, donde la vegetación xerófila de las tierras bajas da paso a los bosques más exuberantes de las laderas medias.

El Río Jacaboa, que da nombre al barrio y cuyo curso articula su geografía con la autoridad tranquila de todos los ríos que saben a dónde van, nace en las alturas de la Sierra de Cayey y desciende hacia el mar a través de una cuenca de notable riqueza ecológica. Sus aguas, cristalinas en los tramos altos donde la roca volcánica las filtra y purifica, se han utilizado durante siglos para el riego de los cultivos que han sustentado a las comunidades de la zona: primero los conucos taínos de yuca y maíz, luego los cafetales y cañaverales de la colonia española, más tarde las diversas fincas agrícolas de familias como los Figaredo que encontraron en la fertilidad de estas tierras el fundamento de su prosperidad americana.

La cuenca del Jacaboa es también un corredor de biodiversidad que conecta los ecosistemas costeros con los montañosos, permitiendo el movimiento de fauna y flora entre altitudes muy diferentes. Las aves migratorias que utilizan la costa sureste de Puerto Rico como escala en sus travesías entre Norteamérica y el Caribe frecuentan los bosques de ribera del Jacaboa. Los mangles que en otro tiempo bordeaban su desembocadura —en gran medida desaparecidos hoy, pero presentes aún en la memoria ecológica del lugar— eran viveros marinos de una productividad que sostenía la pesca artesanal de las comunidades costeras.

El Paisaje que Rafael Encontró

Cuando Rafael Figaredo Orraca llegó a Patillas —probablemente en algún momento de la segunda mitad del siglo XIX, en la plenitud de su adolescencia o en los primeros años de su vida adulta— encontró un paisaje que, en sus rasgos esenciales, debió de resonar en algún rincón de su memoria asturiana. No porque Jacaboa y Viyao se parezcan en lo superficial —el sol del Caribe y la lluvia del Cantábrico son mundos climáticos

irreconciliables— sino porque comparten una estructura profunda, una lógica de relación entre la montaña, el río y el valle que trasciende las diferencias botánicas y climáticas y habla al ser humano en un lenguaje más primitivo y más universal.
Como en Viyao, el paisaje de Jacaboa es un paisaje de laderas. Como en Viyao, el agua que baja de la montaña es el principio organizador de todo: determina dónde se asienta la gente, dónde se siembran los cultivos, dónde se construyen los caminos. Como en Viyao, la montaña está siempre presente en el horizonte, no como amenaza sino como referencia, como el punto fijo a partir del cual el habitante de estas tierras se orienta en el espacio y, de algún manera, en el tiempo.
La vegetación que Rafael encontró en las laderas de Jacaboa era radicalmente distinta de la que había conocido en Asturias, pero no le era completamente ajena en su lógica ecológica. Los bosques de las laderas medias de la Sierra de Cayey que bordean el barrio —con sus tabonucos de fuste recto y su dosel generoso, sus yagrumos de hojas plateadas, sus helechos arbóreos que en los lugares más húmedos alcanzan alturas sorprendentes— tienen la misma densidad y generosidad que los robledales y hayedos asturianos, esa misma sensación de encontrarse dentro de un organismo vivo y complejo que respira con lentitud milenaria. Las orquídeas epífitas que viven en las ramas de los árboles más antiguos, los helechos que alfombran las laderas umbrías, las bromelias que almacenan agua de lluvia entre sus hojas como pequeñas cisternas verdes: todo esto formaba parte de un sistema natural que, aunque tropicalmente exuberante, guardaba la misma impresión de abundancia contenida y de fertilidad paciente que el joven asturiano había conocido desde niño.
Y luego estaban los cultivos. Las tierras de Jacaboa y sus alrededores eran, en la época de llegada de Rafael, un mosaico de actividad agrícola diversificada que reflejaba tanto las posibilidades del suelo como los vaivenes de la economía colonial española. La caña de azúcar dominaba las tierras bajas con su geometría regular y su exigencia de trabajo intensivo. Pero en las laderas medias, mejor dotadas de humedad y con suelos profundos de origen volcánico, el café había encontrado un hábitat de predilección: las mismas condiciones de altitud moderada, temperatura fresca y luz filtrada por la sombra de los árboles mayores que hacen de la franja cafetalera de Puerto Rico uno de los territorios de producción de café más apreciados del mundo.
El café de esta zona —plantado bajo la sombra de guabas, cedros y otros árboles que recreaban las condiciones del sotobosque tropical— producía un grano de calidad notable, aromático y de cuerpo pleno, que en la segunda mitad del siglo XIX gozaba de una reputación internacional que hoy sería difícil de imaginar. El café de Puerto Rico era entonces uno de los más apreciados en los mercados europeos, especialmente en España y Austria, y su cultivo representaba para las familias agricultoras de la zona no solo un medio de subsistencia sino una forma de conexión con los circuitos comerciales globales de la época.

La Cédula de Gracias y el Sueño Posible
Rafael Figaredo Orraca llegó a Puerto Rico en un momento histórico particular, en el que la política colonial española intentaba dinamizar la economía de la isla atrayendo colonos de confianza con incentivos concretos y generosos. La Cédula de Gracias de 1815 ofrecía a los emigrantes españoles acceso a tierras, exenciones fiscales y reconocimiento de derechos civiles.
Para un joven huérfano como Rafael, que llegaba desde la pobreza rural asturiana sin más capital que su disposición al trabajo y la formación de carácter adquirida en el orfanato de Infiesto, esta política representaba una oportunidad de una rareza extraordinaria: la posibilidad de acceder a tierra propia, de convertirse en propietario, de construir desde cero una posición social y económica que en la Asturias de su tiempo habría tardado generaciones en alcanzar, si es que alguna vez lo conseguía. Puerto Rico era, en este sentido, lo que América ha sido siempre para los que llegan con poco: no la tierra de la riqueza garantizada, sino la tierra de la posibilidad, el lugar donde el esfuerzo y el talento

podían traducirse en resultados que el mundo antiguo negaba por la rigidez de sus jerarquías establecidas.
Y Rafael aprovechó esa posibilidad con una determinación que sus contemporáneos reconocieron y premiaron. Las tierras de Jacaboa, fértiles y bien irrigadas por el río homónimo, se convirtieron en el escenario de una transformación personal que es también una historia puertorriqueña: la del inmigrante que llega, trabaja, se integra, contrae matrimonio —primero con María de las Mercedes Galio Bossolo, de cuya unión nacieron cuatro hijas; luego, tras enviudar, con Elvira de Santiago Rodríguez, Mavilla, con quien tuvo cuatro hijos más incluyendo al abuelo Arturo— y que con el tiempo se convierte en parte indispensable del tejido social de su comunidad.

El Alcalde de Patillas: Raíces que se Hacen Institución
Que Rafael Figaredo Orraca fuera elegido alcalde de Patillas en tres ocasiones distintas durante las últimas décadas del siglo XIX es un hecho que merece ser contemplado con toda la atención que requiere. No era una época ni un lugar donde la confianza de la comunidad se otorgara a la ligera. Patillas era un municipio con una sociedad compleja, atravesada por las tensiones de clase, raza y filiación política que caracterizaban a la Puerto Rico colonial española. En ese contexto, un asturiano llegado sin recursos, sin redes familiares previas y sin más aval que su propia trayectoria, fue capaz de ganarse el respeto y la confianza de sus conciudadanos hasta el punto de que estos lo eligieron como su representante institucional en tres ocasiones separadas.
¿Qué cualidades proyectaba Rafael para merecer esa confianza repetida? Los mismos valores que el escudo de su linaje había codificado durante siglos: la firmeza y la integridad que hacen a un hombre predecible en su rectitud, la generosidad y el sentido del servicio que hacen a un líder preocupado genuinamente por el bien común, la elocuencia suficiente para expresar con claridad lo que la comunidad necesita y para defenderlo con convicción ante las instancias superiores. La plata del campo heráldico de los Figaredo brillaba, en las sesiones del ayuntamiento de Patillas, con una luz diferente de la del pergamino pero no menos auténtica.
Su papel como alcalde se desarrolló durante un período de extraordinaria turbulencia histórica: los últimos años del dominio español en Puerto Rico, la creciente agitación autonomista, los debates sobre el futuro político de la isla, y finalmente el año catastrófico de 1898, cuando la Guerra Hispanoamericana barrió en pocas semanas un edificio colonial de cuatro siglos y dejó a Puerto Rico ante un futuro radicalmente incierto. Rafael Figaredo vivió ese momento no como espectador sino como protagonista activo: se alistó voluntariamente en el Contingente de Voluntarios para la Defensa Española de Puerto Rico, combatiendo en los frentes de Arroyo y Guayama con la misma convicción con que el guerrero de su escudo familiar arrojaba al moro desde las almenas de la torre.
Que un asturiano emigrado décadas antes tomara las armas para defender la soberanía española en el Caribe es un acto que trasciende la política y habla de algo más profundo: de la identidad, de la lealtad, de esa necesidad humana de pertenecer a algo más grande que uno mismo y de estar dispuesto a defenderlo. Patillas, Jacaboa, Puerto Rico: habían dejado de ser el destino de Rafael para convertirse en su patria. Y las patrias, cuando son verdaderas, se defienden.

La Muerte en Jacaboa: El Final de una Travesía
La muerte de Rafael Figaredo Orraca llegó con la brusquedad inesperada que tienen las muertes de los hombres activos: de manera súbita, mientras trabajaba en reparar el techo de su casa en Jacaboa. No en un lecho rodeado de familia, no con el tiempo de los adioses preparados, sino en plena actividad, en ese gesto tan característico de los hombres que han construido todo con sus manos y que hasta el último momento siguen ocupándose de que los techos no tengan goteras y las paredes estén en pie.
Hay algo profundamente congruente entre esa muerte y esa vida. Un hombre que había cruzado un océano para construir desde cero, que había convertido tierra prestada en finca propia, que había ganado la confianza de toda una comunidad con el peso de sus

actos, murió haciendo exactamente lo que siempre había hecho: trabajar. Cuidar lo suyo. Mantener en pie lo que había edificado.
Su muerte dejó la finca de Jacaboa en manos de familiares y marcó el inicio de una transición que llevaría a la familia, años después, hacia el Sector Culebras del barrio Guamaní de Guayama: el siguiente capítulo de una saga que el bisabuelo había iniciado en las montañas de Asturias y que sus descendientes continuarían con el mismo espíritu tenaz y generoso que él había demostrado.

Jacaboa Hoy: La Permanencia de lo Esencial
El Jacaboa de hoy no es el Jacaboa que conoció Rafael Figaredo Orraca. Los paisajes cambian, los cultivos se transforman, las casas que un día se construyeron con ilusión y sacrificio se deterioran o desaparecen. Pero hay en el barrio de Jacaboa, como en todos los lugares que han sido escenario de historias humanas verdaderas e intensas, algo que el tiempo no ha podido alterar del todo.
El río sigue bajando de la sierra con el mismo sonido de siempre. Las laderas de la Sierra de Cayey siguen ofreciendo al horizonte la misma silueta que contemplaron los ojos asturianos del bisabuelo cuando por primera vez miró hacia el norte desde sus tierras de Jacaboa y reconoció, quizás sin poder articularlo, que la montaña que veía no era tan diferente de aquella otra montaña, al otro lado del mundo, que había mirado durante su infancia en Viyao. La tierra que fue finca Figaredo ya no pertenece a la familia, pero la memoria de lo que allí ocurrió —los matrimonios, los nacimientos, las cosechas, las decisiones políticas, el trabajo cotidiano de construir una vida en tierra ajena que se convirtió en propia— esa memoria no tiene dueño y no se puede perder.
Jacaboa es, en la geografía sentimental de la familia Figaredo, el lugar donde la historia americana del linaje comenzó. Es el suelo que recibió las primeras raíces caribeñas de un árbol cuyo tronco había crecido en Asturias. Es el lugar donde un joven huérfano llegó con las manos vacías y encontró, con el tiempo y el esfuerzo, no solo sustento y posición sino también amor, familia, comunidad y la dignidad indestructible de quien ha construido algo verdadero con sus propias manos.
De Viyao a Jacaboa: el mismo hombre, dos mundos, una sola historia. Una historia que comenzó con una pregunta de un adolescente a su abuelo materno en un Ford pickup camino a San Juan, y que estas páginas intentan preservar para todos los que vendrán después, para que sepan de dónde vienen y puedan elegir con mayor libertad hacia dónde van.

V
Familia Gely
De Cataluña, vía Venezuela a Puerto Rico
El adolescente, ya adulto, continuó preguntándose si tía Baíta (Inés Gely Rodríguez) era tía o prima de nuestra Abuela Titi (Domitila López Gely). Esta pregunta conllevó casi un año de búsqueda en los archivos de la Iglesia de Patillas. También se contó con la asistencia del Sr. Edwin Latalladi, que tanto él, y con su libro "Patillas en la Encrucijada" nos proveyeron de gran información para la respuesta a la pregunta inicial. Estamos también eternamente agradecidos al Sr. Filipo Gely, sobrino de tía Baíta. Él fue pieza clave para la resolución del gran enigma.
Además, reconocemos la ayuda de nuestro primo, Padre Tarcisio, que corroboró antepasados en los Archivos de Las Américas, en Sevilla, España. La información en estos archivos nos facilitó el comienzo de la resolución a la pregunta si la tía Baíta era prima o tía de nuestra abuela Titi.
Todo comenzó con la venida del catalán Francisco Gely a Patillas, en julio de 1824, desde Venezuela. Creemos que su llegada a Puerto Rico se debía a varios factores. El primero, huyendo de las tropas Bolivarianas, debido al proclamarse la Independencia de Venezuela en 1823, de la Corona Española. También pensamos que el tatarabuelo II, al igual que el bisabuelo Figaredo, se pudieron haber beneficiado de los dictámenes de la Cédula de

Gracias de la Corona Española del 1815, que ofrecía asistencia a los españoles y extranjeros amigos de España, que quisieran emigrar y establecer residencia en posesiones españolas en el Nuevo Mundo. Esto incluía acceso a terrenos para fines agrícolas.
Al comienzo de esta investigación de la Familia Gely, teníamos información en forma vertical del tatarabuelo II, al tiempo presente. Al indagar sobre tía Baíta, encontramos que nuestra bisabuela, Isabel Gely Rivera, tuvo varios hermanos, entre ellos, Pedro, que resultó ser el padre de tía Baíta. Ésta contrajo matrimonio con Bautista Gely González, que a su vez fue hijo de Don Francisco Gely, quien fue alcalde de Patillas algunos meses del año 1898.
Otro hermano de la Bisabuela Isabel Gely Rivera, fue Don Francisco Zenón Gely, que también fue alcalde de Patillas durante los años 1905 al 1908. Según la información del libro del Sr. Edwin Latalladi, "Patillas en la Encrucijada", el Hospital Municipal de Patillas fue inaugurado en el 1907 bajo su administración. Un hermano de tía Baíta, Lope Emiliano Gely, también fue alcalde de Patillas en el año 1928, según los registros del Municipio de Patillas.
Conclusión: ¡Por fin se cerró el círculo! Ya sabemos que la tía Baíta era prima de nuestra abuela Titi.

VI

Tropical

La Dura Realidad y el Amanecer de la Medicina Tropical

La historia de la salud en Puerto Rico es un relato complejo, que va más allá de la creencia común de que Cristóbal Colón fue el único responsable de introducir enfermedades virulentas en el Caribe. A lo largo de los siglos, la isla ha enfrentado una serie de epidemias devastadoras que han moldeado la vida de su población y los esfuerzos de salud pública.
Durante el siglo XIX, bajo el dominio colonial español, la sanidad pública era limitada. Aunque hubo logros significativos, como la vacunación masiva contra la viruela, otras enfermedades causaron estragos. Un ejemplo trágico fue la epidemia de cólera de 1855–1856, que cobró la vida de unas 30,000 personas en la isla, afectando desproporcionadamente a las poblaciones de mulatos y africanos. La economía agraria de la época, basada en el azúcar y el café, a menudo sostenida por mano de obra forzada, contribuía a un deterioro general de la salud pública.
La llegada de las fuerzas militares de Estados Unidos a principios del siglo XX trajo consigo nuevas políticas sanitarias. A pesar de los importantes avances en la vacunación contra la viruela, la isla se enfrentaba a otra grave crisis de salud: la "anemia de los campesinos". Esta afección generalizada era considerada la principal causa de muerte, representando aproximadamente un tercio de todos los fallecimientos. La situación se agravó tras el devastador huracán San Ciriaco en 1899, que sumió a las comunidades agrícolas en una pobreza aún mayor.
En este contexto desafiante, el Dr. Bailey K. Ashford realizó un descubrimiento trascendental. Tras ser asignado a un hospital en Ponce, el Dr. Ashford notó que muchos pacientes padecían lo que se denominaba "anemia perniciosa". A través de un minucioso examen microscópico de muestras de heces, identificó que los anquilostomas (Ancylostomum duodenale) eran la causa biológica de esta debilitante anemia en los trabajadores agrícolas, o jíbaros, en noviembre de 1899. Esta revelación fue innovadora, ya que desafió la creencia predominante de que la anemia era simplemente el resultado de la desnutrición, el clima o factores ambientales generales. El Dr. Ashford no solo trató con éxito a algunos pacientes utilizando timol, sino que también defendió incansablemente el reconocimiento de sus hallazgos, colaborando finalmente con el Dr. Walter W. King para promover la idea de que la anemia era una condición médica tratable y no solo un síntoma de la pobreza.

La tenacidad de Ashford condujo al establecimiento de las Comisiones de Anemia de Puerto Rico (PRACs) entre 1904 y 1908. Estas comisiones adoptaron un enfoque altamente organizado, creando dispensarios donde los pacientes eran diagnosticados, recibían medicación y educación preventiva. Sus extensos esfuerzos resultaron en el tratamiento de más de 300,000 pacientes en 59 dispensarios entre 1904 y 1910, demostrando la viabilidad de un sistema de salud pública estructurado. Las PRACs también reconocieron la crucial conexión entre la salud y los factores socioeconómicos, como la falta de saneamiento adecuado y calzado. Este trabajo sentó las bases para instituciones posteriores, como el Instituto de Medicina Tropical e Higiene (ITMH, 1912–1914), que se centró en la investigación y la capacitación. La Fundación Rockefeller también desempeñó un papel significativo, aunque a menudo subestimado, apoyando iniciativas de salud pública y el desarrollo de infraestructura en la isla.
A pesar de estos avances, la vida para muchos puertorriqueños siguió siendo difícil. El enfoque económico en la producción de azúcar (la "cañaveralización") llevó a monopolios de tierras y una gran población de trabajadores agrícolas estacionales con salarios bajos. Estas condiciones, junto con la vivienda inadecuada, la falta de saneamiento y educación, provocaron que las enfermedades continuaran cobrando un alto precio. En 1927, por ejemplo, las principales causas de muerte incluyeron infecciones pulmonares (más de 7,200 muertes), enfermedades diarreicas (6,000 muertes, especialmente en niños pequeños), malaria (1,910 muertes) y anquilostomiasis (623 muertes). Estas cifras ilustran claramente una población que luchaba por superar los patrones epidemiológicos tradicionales debido a la pobreza persistente y la falta de servicios básicos.
La aparición del dengue hemorrágico, una forma grave y potencialmente mortal de la enfermedad transmitida por mosquitos, marcó un período devastador para la comunidad. En medio de la creciente preocupación por los síntomas inusuales y severos que se manifestaban en varias personas, los expertos en salud se vieron en la tarea urgente de rastrear el origen de la infección.
Fue durante esta investigación que se identificó a Carmen Aída, como una de las primeras personas en la que se confirmó el diagnóstico de dengue hemorrágico dentro del brote de 1961. Su caso se convirtió en un punto de referencia crucial para los epidemiólogos.
Este periodo representa un capítulo profundo en la historia de Puerto Rico, donde enfermedades devastadoras se cruzaron con transiciones imperiales y luchas socioeconómicas a través de las generaciones.

VIII

Caña y Servidumbre

La Economía del Dolor
Una mirada académica y un reconocimiento sincero

Preámbulo
Toda historia familiar honesta llega, en algún momento, a un umbral incómodo. Este capítulo representa ese umbral para la familia Figaredo-Gely-Mosquera. Las mismas tierras de Patillas y Guamaní que estas páginas han celebrado por su fertilidad y su belleza, los mismos campos de caña que sustentaron la prosperidad de las familias que aquí se recuerdan, los mismos sectores rurales donde el malagueto perfumaba el aire y los nietos corrían entre flores y mariposas — todo eso fue posible, en parte, sobre la base de un sistema económico que extrajo su riqueza del cuerpo y la libertad de seres humanos que no eligieron estar allí.
Los Gely, como propietarios de fincas en Patillas durante el período en que la esclavitud era legal en Puerto Rico, participaron de ese sistema. Los trabajadores que labraron las tierras donde después crecería el negocio del malagueto de los Figaredo eran, muy probablemente, jíbaros endeudados e indentured laborers atrapados en un sistema de

control económico que, aunque distinto de la esclavitud chattel en sus mecanismos, producía resultados similares en términos de la libertad real de sus víctimas.
Nombrar esto no disminuye el mérito genuino de los ancestros que estas páginas recuerdan. Los hace más humanos, más complejos, más verdaderos. Y honra, de la única manera que ahora es posible, a quienes hicieron posible esa prosperidad sin que nadie les preguntara si querían hacerlo.

I. La Esclavitud en Puerto Rico: Contexto Histórico y Dimensión Humana

Puerto Rico nunca alcanzó las proporciones de esclavitud de Cuba, Saint-Domingue (Haití) o Jamaica, donde los esclavizados llegaron a superar ampliamente a la población libre. Sin embargo, la esclavitud en la isla fue una institución real, documentada y profundamente constitutiva de su economía y su sociedad durante más de tres siglos.
Para 1846, la población esclavizada en Puerto Rico había alcanzado su punto máximo: aproximadamente 51,265 personas, en una isla con una población total de algo más de 440,000 habitantes. Estas personas no eran estadísticas: eran hombres, mujeres y niños con nombres, con historias, con familias que el sistema esclavista había destruido o intentado destruir. Eran carpinteros, cocineras, agricultores, músicos, curanderos — personas con conocimientos, habilidades y culturas que enriquecieron a Puerto Rico de maneras que el registro histórico oficial tardó demasiado en reconocer.
La geografía de la esclavitud en Puerto Rico no era uniforme. Se concentraba principalmente en los municipios de la costa sur y suroeste — precisamente la zona donde se asientan Patillas, Guayama y los territorios que forman el escenario de esta historia familiar. Guayama fue, de hecho, uno de los municipios con mayor proporción de población esclavizada en la isla: en algunos períodos del siglo XIX, las personas esclavizadas representaban más del 30 por ciento de su población total. Las haciendas azucareras de la costa sur — incluyendo las que operaban en los territorios de Jacaboa y Guamaní — dependían de manera estructural del trabajo forzado de personas africanas y afropuertorriqueñas.
La esclavitud fue abolida en Puerto Rico el 22 de marzo de 1873, con la promulgación de la Ley de Abolición de la Esclavitud por las Cortes españolas. La fecha — que Puerto Rico celebra hoy como el Día de la Abolición — marca un momento de importancia histórica extraordinaria, pero el análisis honesto de lo que esa abolición representó en la práctica revela sus profundas limitaciones.

II. El Sistema de la Libreta y la Servidumbre por Deuda: Los Jíbaros Atrapados

El instrumento legal central de este sistema fue el Reglamento de Jornaleros de 1849, también conocido como el Sistema de la Libreta, promulgado por el mismo Gobernador Pezuela que endurecería el Código Negro un año después. El Reglamento establecía que todo trabajador agrícola sin propiedades o medios de vida independientes estaba obligado a registrarse con las autoridades municipales, obtener una libreta — un pequeño libro de registro — y encontrar un patrón que lo empleara. Sin libreta no era posible moverse de un municipio a otro, contratar trabajo, acceder a ciertos servicios o incluso, en algunos contextos, justificar la propia existencia ante las autoridades.
En el contexto específico de las haciendas de Patillas y Guamaní — el territorio donde la familia Gely estableció su presencia desde 1824 y donde más tarde los Figaredo construirían su propia operación agrícola — el sistema de la libreta produjo una clase de trabajadores atrapados en una dependencia que sus patronos llamaban lealtad y que ellos probablemente habrían llamado, si hubieran tenido espacio para decirlo, con un nombre muy diferente.
El trabajo en las haciendas Gely de Patillas durante el período 1824-1873 — el período en que la esclavitud era legal — incluyó muy probablemente trabajo esclavizado. Los registros históricos de la región documentan que las haciendas azucareras de la costa sur de Puerto Rico dependían de manera estructural del trabajo forzado durante ese período, y no hay razón para suponer que las propiedades de una familia tan prominente en la vida local como los Gely fueran una excepción. Después de 1873, el mismo trabajo

continuó siendo realizado por las mismas personas o sus descendientes bajo el sistema de la libreta: cambiaron los nombres legales de la relación, pero la dependencia estructural permaneció intacta.
Cuando la familia Figaredo estableció su operación de destilación de aceite de malagueta en el Sector Culebras del Barrio Guamaní durante las primeras décadas del siglo XX, los "empleados leales que trabajaban con gran energía eran los herederos de generaciones de jornaleros. La relación afectiva entre los Figaredo y sus empleados pudo ser genuina — pero la asimetría estructural entre quienes tenían la tierra y quienes tenían solo sus manos no desaparece por la sinceridad del afecto.

III. Reconocimiento Sincero

A quienes hicieron posible esta historia sin que nadie les preguntara

Este libro celebra a los Figaredo, los Mosquera, los Gely y sus descendientes con el amor y el respeto genuinos que merecen. Pero ninguna celebración honesta puede existir sin reconocer también a quienes no aparecen en los títulos de propiedad, en los registros de matrimonio, en los escudos heráldicos ni en los archivos eclesiásticos — y cuyo trabajo, cuyo dolor y cuya humanidad negada hicieron posible, sin embargo, gran parte de lo que estas páginas celebran.
A las personas africanas y afrodescendientes que fueron esclavizadas en las haciendas de Patillas y Guayama durante los siglos XVII, XVIII y XIX: sus nombres no están en este libro porque el sistema que los oprimió consideró que sus nombres no valían la pena preservar. Esa omisión no es neutral. Es el último acto de una violencia que comenzó en la costa de África, continuó en la bodega de un barco, se prolongó en los cañaverales del sur de Puerto Rico y terminó — si es que alguna vez terminó del todo — en la invisibilidad de los registros históricos que sus opresores controlaban. Reconocemos su presencia aunque no podamos nombrarlos. Reconocemos su trabajo como el fundamento material sobre el que se construyó la prosperidad que esta historia celebra. Reconocemos su humanidad plena e incuestionable, que ningún documento legal pudo abolir aunque lo intentara.
A los jíbaros y jornaleras endeudados que trabajaron en las fincas de Patillas y Guamaní durante las décadas que siguieron a la abolición formal de la esclavitud: el cambio de nombre de su condición —de esclavizados a jornaleros, de propiedad a deuda— no cambió suficientemente la realidad de sus vidas. Trabajaron la misma tierra, con las mismas manos, bajo formas distintas de la misma coerción económica, para hacer posible la misma prosperidad que no les alcanzaba. Los recordamos con el respeto que merecen todos los que trabajan.
A las mujeres — esclavizadas, jornaleras, sirvientas domésticas — que cargaron con el peso doble de la explotación económica y la vulnerabilidad sexual que el sistema patriarcal y esclavista les imponía: su resistencia cotidiana, su capacidad de preservar cultura, lengua, medicina, música y amor en condiciones diseñadas para destruir todo eso, es una de las formas más extraordinarias de heroísmo que la historia humana registra. Las honramos.
A los afropuertorriqueños cuyos apellidos, cuya sangre y cuya herencia cultural están casi con certeza presentes en el tejido de esta familia aunque los registros históricos no los nombren: su contribución a lo que somos —como familia, como pueblo, como cultura— es real aunque sea invisible en los documentos. La invisibilidad no es ausencia. Es una injusticia que reconocemos.
A los descendientes actuales de todas estas personas — que viven hoy en Puerto Rico y en la diáspora, que cargan con el peso de una historia que sus antepasados no eligieron y que trabajan, con distintos grados de éxito y de apoyo, para construir vidas plenas en un sistema que aún no ha resuelto completamente las desigualdades que la esclavitud y la servidumbre por deuda crearon — les debemos más que un reconocimiento en las páginas de un libro familiar. Les debemos el reconocimiento activo de que la prosperidad que

algunos heredamos tiene raíces que otros pagaron, y que esa deuda histórica no se salda con palabras sino con la disposición continua a ver, a nombrar y a actuar en consecuencia. La historia de esta familia es inseparable de la historia de Puerto Rico. Y la historia de Puerto Rico es inseparable de la historia de la esclavitud y la servidumbre que construyeron su economía colonial. Reconocer eso no es una traición a los ancestros que amamos. Es la condición necesaria para que ese amor sea honesto.
Porque la memoria que no incluye a todos los que estuvieron presentes no es memoria: es selección. Y la selección que excluye sistemáticamente a los más vulnerables no es neutral: es, en sí misma, una continuación de la injusticia que pretende recordar.

Nota Académica sobre las Fuentes
Este capítulo se apoya en la historiografía establecida sobre la esclavitud y el trabajo forzado en Puerto Rico — entre otras, las obras de Luis M. Díaz Soler, Francisco A. Scarano, Guillermo A. Baralt, Andrés Ramos Mattei y Fernando Picó. Las fuentes específicas figuran en la bibliografía al final del libro. Este capítulo se concibe no como aporte historiográfico original sino como un acto de honestidad familiar: reconocer en el contexto de esta historia lo que la historia más amplia ya ha establecido.

IX

Guamaní

Barrio de Guayama, Puerto Rico
Donde el río nombra la tierra y la tierra recuerda al río

Hay lugares en el mundo que parecen existir fuera del tiempo ordinario, espacios donde la geografía y la historia se han fusionado tan completamente que resulta imposible separar el paisaje de la memoria, la tierra de la identidad de quienes la han habitado. El barrio Guamaní, en el municipio de Guayama, en la costa sureste de Puerto Rico, es uno de esos lugares. No es un lugar que se imponga con grandilocuencia ni que seduzca con la espectacularidad fácil del trópico: es un lugar que se revela lentamente, con la generosidad discreta de los sitios que tienen mucho que dar a quienes saben esperar y saben mirar.
Su nombre mismo es ya una historia. Guamaní: palabra de origen taíno que resuena con la cadencia musical de una lengua extinguida, que se niega a morir porque vive grabada en la geografía de la isla que la vio nacer. Pronunciar Guamaní es, sin saberlo quizás, hablar la lengua de los primeros habitantes de estas tierras, rendir un tributo involuntario a una civilización que el tiempo y la conquista devastaron pero no pudieron borrar del todo. El río lleva ese nombre, el barrio lleva ese nombre, y en esa persistencia toponímica duerme una forma de justicia poética que ningún decreto colonial pudo suprimir.

La Geografía Como Destino
Para comprender Guamaní es preciso, ante todo, comprender su posición en el cuerpo físico de Puerto Rico, porque pocos lugares en la isla sintetizan con tanta elocuencia la diversidad geográfica del archipiélago. El barrio se extiende desde las llanuras aluviales costeras que abrazan el Mar Caribe —tierras planas, ricas en sedimentos depositados por milenios de escorrentía montañosa, eternamente iluminadas por un sol que en la costa sur de Puerto Rico no conoce la timidez— hasta las primeras estribaciones de la Sierra de Cayey, esa poderosa extensión oriental de la Cordillera Central que avanza hacia el interior como una ola de piedra y vegetación detenida en el tiempo.
Esta transición altitudinal —de la llanura costera a la montaña interior, recorrida en apenas unos kilómetros— crea en Guamaní un gradiente ambiental de extraordinaria riqueza. En las tierras bajas, el calor es intenso y la luz implacable; el suelo, de aluvión profundo y nutrido, es de una fertilidad que los agricultores de generaciones anteriores describían con el respeto reverente que se reserva para los grandes regalos. En las laderas

medias, donde la elevación comienza a moderar la temperatura y las nubes de barlovento depositan su humedad con mayor frecuencia, la vegetación se espesa y oscurece, los árboles se hacen más altos y tupidos, y el aire adquiere esa frescura que en el trópico sabe a lujo y a bendición. En las cotas más elevadas, donde la Sierra de Cayey se impone con toda su masa verde y solemne, la niebla aparece con regularidad en las mañanas —ese mismo fenómeno que evoca, de manera sorprendente, las brumas matutinas de los valles asturianos— y el bosque se vuelve más denso, más antiguo, más misterioso.

El Río Guamaní: Arteria de Vida

En el corazón de todo este paisaje, articulándolo y dándole sentido, discurre el Río Guamaní. Nacido en las alturas de la Sierra de Cayey, donde los acuíferos de roca caliza y volcánica liberan el agua que las lluvias han filtrado pacientemente durante meses, el río desciende por su cauce con la autoridad tranquila de quien conoce bien su camino. A lo largo de su recorrido, recoge las aguas de numerosos manantiales y quebradas secundarias, cada uno de ellos alimentado por las formaciones geológicas permeables que caracterizan esta zona de Puerto Rico, donde la roca volcánica e intrusiva —herencia de los procesos geotectónicos que crearon el archipiélago hace millones de años— almacena y libera el agua con la generosidad de un depósito natural inagotable.

Las riberas del Guamaní han sido, desde tiempos inmemoriales, corredores de vida y de actividad humana. Los Taínos las frecuentaban para pescar, para irrigar sus conucos de yuca y maíz, para celebrar los rituales que vinculaban la comunidad con las fuerzas naturales que percibían como sagradas. Los colonizadores españoles reconocieron en ellas el mismo potencial agrícola que habían visto en los valles fluviales de la Península. Los agricultores del siglo XIX y XX las convirtieron en el eje de sus operaciones cañeras, construyendo acequias y sistemas de riego que distribuían el agua del río por extensiones cada vez más amplias de caña de azúcar. Y la familia Figaredo, instalada en el Sector Culebras del barrio Guamaní, encontró en la disponibilidad hídrica de esta zona el recurso fundamental que hacía viable la producción de aceite de malagueta, esa industria artesanal que durante décadas fue el sustento y el orgullo de la familia.

La Tierra Que Crece: Flora y Paisaje de Guamaní

El paisaje vegetal de Guamaní es un poema de adaptaciones y contrastes que cambia de registro con cada cien metros de altitud. En las tierras bajas, donde el sol tropical reina sin competencia, la vegetación nativa que no fue sustituida por cultivos agrícolas incluye especies adaptadas a la sequía estacional característica del sur de Puerto Rico: el achiote de frutos rojos y espinosos, el maguey de hojas lanceoladas que almacena agua en sus tejidos carnosos, el cactus candelabro que se alza con una dignidad espinosa entre las piedras, y diversas especies de arbustos xerófilos que han desarrollado estrategias ingeniosas para sobrevivir en una zona donde la lluvia puede ser escasa y caprichosa.

Y entre todas estas especies, el malagueto (Pimenta racemosa) ocupa un lugar de honor especial en la historia de Guamaní y de la familia Figaredo. Este árbol de mediana altura —pariente del laurel y de la pimienta de Jamaica, miembro de la familia de las mirtáceas— prospera precisamente en las laderas montañosas de humedad moderada que caracterizan las estribaciones de la Sierra de Cayey. Sus hojas, de un verde lustroso y aromático que desprende al frotarlas un perfume cálido e inconfundible, son la fuente del famoso bay oil, el aceite esencial que la familia Figaredo destilaba en el Sector Culebras durante décadas. El malagueto no es simplemente un árbol en el paisaje de Guamaní: es, para esta familia, el árbol de la providencia, el vegetal que tradujo el trabajo de la tierra en sustento, en dignidad, en la posibilidad de proyectarse hacia el futuro.

Los Taínos: La Primera Memoria de la Tierra

Antes de que llegara ningún europeo, antes de que ningún africano cruzara encadenado el Atlántico, antes de que ningún asturiano soñara con las Américas desde sus valles lluviosos, Guamaní era ya un lugar habitado y amado. Las comunidades Taínas que se asentaron en esta zona de la costa sureste de Puerto Rico eligieron bien: la confluencia de

la fertilidad costera, la disponibilidad de agua del río, la abundancia de recursos marinos en la bahía cercana y la accesibilidad de las laderas montañosas para la caza y la recolección creaba un entorno de riqueza diversificada que permitía una vida sedentaria y próspera.
El nombre Guayama, que designa al municipio del que Guamaní forma parte, lleva inscrito en su etimología taína el reconocimiento de esta abundancia: gran lugar, tierra grande, decían las traducciones más aceptadas. No era una denominación geográfica neutral: era un juicio de valor, una afirmación de que este territorio era especial, que merecía un nombre que a la altura de su generosidad. Y el nombre Guamaní —dado al río y al barrio— perpetúa con igual fuerza esa presencia fundacional de los primeros habitantes, ese palimpsesto lingüístico que el tiempo no ha logrado borrar.

La Caña de Azúcar: Gloria y Herida
Ninguna historia honesta de Guamaní puede eludir la caña de azúcar. Durante los siglos XIX y XX, esta gramínea gigante transformó literalmente el paisaje del barrio y de toda la costa sur de Puerto Rico: los bosques nativos de las llanuras costeras fueron talados, los humedales drenados, los ríos desviados, y en su lugar se extendió un monocultivo de dimensiones industriales que en su época de mayor esplendor convirtió a Puerto Rico en uno de los principales productores de azúcar del mundo.
La caña fue también, como ya hemos nombrado en estas páginas, el cultivo que justificó la esclavitud y el sistema de la libreta — la herida cuya economía y dolor el capítulo anterior ha documentado. Aquí solo agregamos lo que no se dijo allí: que el verdadero costo de la fortuna que estos campos produjeron no se ha terminado de pagar, y que la conciencia de eso pertenece tanto al paisaje de Guamaní como las palmas y los manantiales.

El Sector Culebras: Corazón de la Historia Familiar
Dentro del extenso territorio de Guamaní, el Sector Culebras ocupa un lugar singular en la geografía emocional de la familia Figaredo. Fue aquí donde Arturo Figaredo de Santiago y su esposa Domitila López Gely —Abuela Titi— establecieron la finca y la fábrica de aceite de malagueta que durante décadas fue el centro económico, social y afectivo de la familia. Fue aquí donde nacieron y crecieron tíos, primos y hermanos. Fue aquí donde el abuelo Arturo, con sus manos experimentadas y su conocimiento profundo del malagueto y sus secretos, llenaba semana tras semana el contenedor metálico de aceite esencial que luego viajaba hasta Bayamón para convertirse en el alcoholado Santa Ana. Fue aquí donde Carmen Aída, de niña, añoraba tanto el calor de sus abuelos que emprendió sola el descabellado y conmovedor intento de caminar desde Río Grande hasta Guamaní.
La descripción que la memoria familiar conserva del Sector Culebras en aquellos años —la abundancia de flores silvestres, las mariposas que revoloteaban entre los malaguetos en flor, los chupaflores que frecuentaban los jardines, el olor entrelazado de flores y alcohol que impregnaba el aire— es la descripción de un paraíso modesto y verdadero, de esos que no aparecen en las guías de viaje pero que viven para siempre en la memoria de quienes los conocieron. Era un lugar donde la naturaleza y el trabajo humano habían alcanzado un equilibrio que producía no solo sustento material sino también una forma de belleza cotidiana, de bienestar profundo que iba mucho más allá de la economía.
Y bajo la superficie del Sector Culebras ocurre algo extraordinario que ningún visitante ocasional puede sospechar: tres manantiales que brotan de la ladera con una constancia que ninguna sequía ha interrumpido, y que fluyen en diciembre y en agosto con la misma generosidad tranquila. Su origen no está en la lluvia reciente sino en los acuíferos — depósitos naturales que las formaciones de roca volcánica e intrusiva almacenan durante meses bajo las laderas. Los Taínos reconocieron ese secreto cuando dieron al lugar su nombre. Es ese secreto el que hizo posible que la finca prosperara cuando otras operaciones de la región veían comprometida su producción.
Era el malagueto —Pimenta racemosa— el cultivo que distinguió a la finca de Culebras de sus vecinas. El aceite esencial de sus hojas, conocido en los mercados internacionales como bay oil, era materia prima de la perfumería y de los alcoholados —el alcoholado Santa

Ana de Bayamón entre los más conocidos. El proceso de destilación era laborioso: las hojas cosechadas en la ladera se sometían a destilación por vapor, y el aceite resultante se acumulaba gota a gota durante semanas. Un solo contenedor metálico —el drón— lleno de aceite valía en los años cincuenta mil quinientos dólares, una cantidad considerable para la economía de la época. Hoy, un contenedor equivalente alcanzaría cerca de cien mil dólares.

La pérdida de aquella casa en un incendio fue uno de esos dolores que las familias no olvidan nunca del todo, uno de esos momentos donde la fragilidad de las cosas materiales se impone con una brutalidad inesperada. Pero lo que el fuego no pudo destruir —los recuerdos, los valores transmitidos, el amor que Abuela Titi y Abuelo Arturo pusieron en la formación de sus descendientes— sobrevivió intacto y se transmitió de generación en generación hasta llegar a estas páginas.

Pero la historia de la finca no terminó en aquel fuego. Fue Rafael Arturo Pérez Figaredo quien construyó una casa nueva en el mismo lugar —un acto que dice más sobre el carácter de un hombre que muchos discursos. La decisión de construir donde el fuego había destruido, de insistir en el mismo suelo, declaró con los hechos que lo que importaba de ese lugar no era la estructura que había ardido sino la tierra que permanecía y el agua que seguía brotando de la ladera con la misma indiferencia generosa de siempre.

Hoy conserva ochenta cuerdas de la finca original —una cifra que no es abstracta sino el trozo real y tangible de la misma tierra que José Arturo Figaredo cultivó, que los tres manantiales regaron sin interrupción, y donde el malagueto podría volver a crecer si alguien decidiera plantarlo.

Guamaní Hoy: Entre la Memoria y el Presente

En la actualidad, Guamaní presenta el rostro característico de los barrios rurales-periurbanos que bordean los municipios de Puerto Rico en transición: una mezcla de urbanizaciones residenciales y pequeñas fincas supervivientes, de caminos asfaltados que siguen el trazado de antiguos senderos rurales, de solares donde los mangueros centenarios recuerdan la vocación agrícola de un suelo que todavía no ha olvidado su fertilidad original.

Las conexiones viales que integran Guamaní al centro de Guayama y al resto de la red de carreteras insulares facilitan hoy el acceso a servicios y oportunidades que las generaciones anteriores no tuvieron. Pero algo más profundo que la infraestructura sigue vinculando a los habitantes de Guamaní con su tierra: una identidad construida sobre siglos de relación íntima con ese paisaje específico, con ese río que sigue bajando desde la sierra con el mismo sonido que escucharon los Taínos, con esa luz particular del sur de Puerto Rico que no se parece a ninguna otra luz del mundo.

La Sierra de Cayey sigue dominando el horizonte norte del barrio con la misma soberanía serena con que lo ha dominado siempre: masa verde y azul que cambia de color con las horas, que en los atardeceres se incendia de naranja y malva, que en las noches de luna llena se recorta contra el cielo con una precisión escultórica que detiene la respiración. Es el mismo horizonte que contemplaron los Taínos desde sus bateyes, que vieron los primeros esclavos africanos desde los cañaverales, que miraron Arturo y Titi desde el portal de su casa en el Sector Culebras, que fotografió Rafael hijo en su Ford pickup camino a San Juan, que sigue siendo para todos los que llevan a Guamaní en la sangre el paisaje más hermoso del mundo.

La Resonancia Transatlántica

Y es imposible contemplar ese horizonte —la Sierra de Cayey alzándose sobre Guamaní— sin pensar en otra montaña, al otro lado del Atlántico. La sierra puertorriqueña y las montañas de Piloña no se parecen en el color ni en la temperatura, pero se parecen en algo más esencial: en la manera en que dan forma a quienes las habitan. Rafael Figaredo salió de una montaña y encontró otra. Sus descendientes llevan en sus venas la memoria de ambas.

Guamaní no es solo un barrio en el mapa. Es el punto de llegada de una historia que comenzó en Asturias.

X

Familia Mosquera

Abuela Rafaela

De la parte paterna de la familia, quiero destacar a Abuela Rafaela, hija de españoles que quedó huérfana durante su niñez. Fue criada por su tío, el ciudadano francés Félix Gay, que estaba a cargo de operaciones en la central azucarera Hacienda Santa Ana en el sector de Las Piedras. Casada con Alberto Pérez Carrasquillo, natural de Humacao. Tuvieron cuatro hijos varones: Rafael, José, Reinaldo y Alberto. La familia se mudó de Humacao a Río Piedras para facilitar estudios a los hijos jóvenes. Abuela era jefa de familia, tras la ruptura de su matrimonio. Admiramos su fortaleza y el cariño que abuela proyectaba a pesar de las varias dolencias cardiovasculares. Sus hijos se encargaron de ayudar a la abuela con sus problemas de salud y mantuvieron asistencia ejemplar, especialmente tío Reinaldo y Alberto, que vivían cerca de la abuela.

Nuestro Padre, Rafael Alberto Pérez Mosquera

Vivió 100 años de vida. En su niñez, su salud estaba quebrantada al padecer de esprúe tropical, una enfermedad intestinal común en la isla al principio del siglo veinte. Fue referido y tratado por el Dr. Bailey R. Ashford, experto en medicina tropical y que practicaba en el área de Condado, P.R.

En su formación académica se graduó de Bachillerato en Ciencias Naturales de la Universidad de Puerto Rico, y en 1942 obtuvo una maestría en Educación de la Universidad de Nueva York, en 1959.

Fue maestro de Ciencias y Matemáticas en varios pueblos de la Isla. Fue director de la Escuela Secundaria y también del Programa de Educación para Adultos. Al retirarse también trabajó en el College Entrance Examination Board.

Fue apoderado de la sucesión de los bienes de nuestro abuelo, Arturo Figaredo Santiago. También consagró sus energías en desarrollar la finca en el Sector Culebras del Bo. Guamaní, en Guayama. Durante el tiempo que vivió en la finca, se involucró en el esfuerzo por lograr el agua potable para el Sector Culebras. Sus esfuerzos fueron claves para la construcción de este sistema en la comunidad. Varios años después de enviudar, en diciembre de 1998, contrajo matrimonio con la Sra. Luz M. Ramos Milián, maestra y supervisora de Ciencias, del Departamento de Educación de Puerto Rico.

Él se distinguió por su interés por el bienestar académico de todos los que le rodeaban. Su legado familiar, sus enseñanzas y principios vivirán siempre con nosotros.

Tío José

Tío José, casado con tía Hilda Ugartemendia, hija de vascos, tuvo a Carmencita, hija única. Tío José era una persona dinámica y gran padre de familia que proyectó su habilidad en el funcionamiento de negocios. Fue un alto ejecutivo de la compañía Coca-Cola en Puerto Rico, y fue ejemplar. Siempre que se reunía con sus sobrinos, nos llenaba de atenciones. Carmencita ha estado muy cerca de nosotros por muchos años. Al enviudar del anestesiólogo, Dr. Jaime Vélez, se hizo cargo de la educación de sus dos hijas: Carmen Teresa, quien tiene una maestría en International Business, y es consultora en el Dept. de Salud en Florida; y María Isabel, quien es Microbióloga Industrial con Maestría en Salud Pública. Trabaja actualmente en Ocion Bio en Aguadilla.

Tío Reinaldo

Tío Reinaldo, casado con tía Milena Ramírez, tuvieron tres varones: Reinaldo, José Manuel y Alberto. Tío Reinaldo era una persona trabajadora y de alta inteligencia. Era muy metódico en vida, un gran padre de familia que valoró la educación de sus hijos y el cuidar de su esposa y de la abuela Rafaela. Reinaldo, hijo, se graduó de abogado con especialidad en la rama laboral. Sus hijos han obtenido grandes logros a nivel mundial en

el reggaetón del arte musical y actuación. El más reciente premio fue el Grammy 2025 por el mejor álbum de música urbana. Esto llena de orgullo a nuestro primo Reinaldo y a toda la familia.
José Manuel, QPD, se fue a estudiar a Francia y aprender el lenguaje. Luego, enseñó en Puerto Rico y trabajó con casas editoriales en el proceso de corrección y publicaciones de documentos y libros. Alberto trabajó como empleado gubernamental y reside en Estados Unidos.
Tío Alberto
Tío Alberto era un hombre activo y jovial. Casado con Sonia Haddock, sus hijos Alberto y David y la abuela Rafaela eran el centro de su vida. Le recordamos con cariño y siempre admiramos sus grandes destrezas en el campo de ventas de seguros de vida.
Tenemos varios primos, hijos del hermano del Abuelo Alberto, tío Abuelo Julio, como Julio César Pérez, quien fue Secretario de Hacienda en la administración de Carlos Romero Barceló; Julito Pérez, quien trabajó con la empresa Nestlé, Geraldo Pérez, y sus hermanas, que se destacaron en sus funciones gubernamentales a nivel municipal, estatal y federal. El Padre Pito (Rafael Pérez), también hijo del tío Abuelo Julio, es capellán en el Colegio San Antonio Abad en Humacao. Él ha sido de mucha asistencia con la historia familiar y siempre ha sido un baluarte en la familia en Humacao.

XI

Militar

El Legado del Servicio y el Sacrificio
De las trincheras de Europa a las montañas de Corea: una familia en armas

Existe una verdad profunda y a menudo silenciosa en el corazón de las familias puertorriqueñas que vivieron el siglo XX: la verdad del servicio militar. No el servicio como abstracción patriótica ni como retórica de ocasión, sino el servicio en su dimensión más concreta y más humana — el joven que se despide en el portal de la casa, la madre que espera cartas que a veces no llegan, el hermano que regresa cambiado para siempre, el nombre grabado en un registro de bajas que nadie quiere consultar. La familia Figaredo conoció esa verdad en todas sus formas, a lo largo de conflictos distintos y en tres continentes diferentes, tejiendo con sus propias vidas el hilo militar que corre, doloroso y orgulloso a la vez, por el tapiz de su historia familiar. Para comprender ese legado en su justa dimensión, es necesario comprender primero el contexto más amplio en que se inscribe: la historia extraordinaria y profundamente compleja de los puertorriqueños en las fuerzas armadas de los Estados Unidos, una historia que comenzó mucho antes de que la mayoría lo recuerde y que ha continuado, sin interrupción, hasta nuestros días.

Puerto Rico en Armas: Una Historia de Ciudadanía y Sacrificio

La relación entre Puerto Rico y el servicio militar estadounidense no comenzó con ninguna decisión voluntaria de la isla, sino con una conquista. Cuando en 1898 los cañones de la flota norteamericana comenzaron a disparar sobre San Juan y las tropas del General Miles desembarcaron en Guánica, Puerto Rico pasó de ser una colonia española que acababa de obtener su autonomía a ser un territorio bajo dominio estadounidense cuyo futuro político quedaba radicalmente indefinido. Entre los soldados que defendieron la isla bajo bandera española aquel año — en los frentes de Arroyo y Guayama, precisamente donde operaría el voluntario Rafael Figaredo Orraca — hubo puertorriqueños que apenas semanas después serían clasificados como súbditos de una nueva potencia colonial. La Ley Jones de 1917 cambió formalmente esa ecuación al otorgar la ciudadanía estadounidense a los puertorriqueños, aunque con una restricción fundamental: los nuevos ciudadanos no tendrían representación con derecho a voto en el

Congreso que legislaba sobre su vida. Según el historiador Harry Franqui-Rivera, los puertorriqueños habían sido definidos como nacionales desde 1904 y ya estaban sujetos a la Ley de Servicio Selectivo de 1917 incluso antes de la Ley Jones. Las élites locales vieron en la Primera Guerra Mundial no solo un deber cívico sino una oportunidad para avanzar sus propios proyectos políticos. El servicio armado fue, desde el principio, un campo de negociación política además de una obligación cívica. Más de 236,000 puertorriqueños se registraron para el servicio durante la Primera Guerra Mundial, aunque solo 18,000 fueron movilizados efectivamente, la mayoría en el Regimiento de Infantería de Puerto Rico — precursor del legendario 65.º de Infantería — y en unidades de guarnición en el Canal de Panamá y el Caribe. Durante la Segunda Guerra Mundial, más de 65,000 puertorriqueños sirvieron en las fuerzas armadas, desplegados en teatros que iban desde el Caribe y Centroamérica hasta el Norte de África, Italia, Francia y Alemania. En la Guerra de Corea, el sacrificio alcanzó su expresión más intensa: 61,000 puertorriqueños sirvieron en el Ejército de los Estados Unidos, la gran mayoría en las filas del 65.º de Infantería — los Borinqueneers — la primera unidad puertorriqueña en ver combate directo, tras la desegregación militar de 1948. Formado en 1899 como el Batallón de Voluntarios de Infantería de Puerto Rico, el 65.º se había convertido con el tiempo en la institución militar más importante de la historia puertorriqueña. De ellos, 743 murieron en combate y 2,318 fueron heridos. Una isla que representaba menos del uno por ciento de la población estadounidense aportó una fracción significativamente mayor de sus muertos. Franqui-Rivera argumenta que la participación puertorriqueña en Corea estuvo ligada al proyecto político del gobernador Luis Muñoz Marín y al establecimiento del Estado Libre Asociado — el servicio militar era, simultáneamente, deber, identidad y negociación constitucional. ¿Por qué pelearon los puertorriqueños? La respuesta más honesta proviene de los propios veteranos del 65.º, quienes décadas después declararon con una sencillez que no necesita adornos: "Peleamos porque éramos soldados del Ejército de los Estados Unidos y del regimiento. Era nuestro deber." En esas palabras — tan desprovistas de retórica, tan cargadas de dignidad — vive toda la complejidad de la identidad puertorriqueña del siglo XX: ciudadanos sin representación plena, soldados sin Estado propio, hombres que encontraron en el deber militar una forma de afirmar su valor y su lugar en el mundo cuando la política les negaba otros medios para hacerlo.

El Hilo Rojo en el Tapiz Familiar

En este contexto histórico de extraordinaria amplitud, la historia militar de la familia Figaredo adquiere su verdadero relieve. No son casos aislados ni coincidencias generacionales: son el reflejo familiar de una experiencia colectiva puertorriqueña que atravesó el siglo XX de principio a fin, tocando a cada generación con la misma mano inexorable de la historia.

Arturo Figaredo — La Gran Guerra, 1917–1918

El primero de los hombres Figaredo que encontramos en los registros militares del siglo XX es el propio Abuelo Arturo, nacido el 4 de junio de 1895 en Guayama, Puerto Rico. Su nombre aparece en el Registro del Borrador de los Estados Unidos para la Primera Guerra Mundial de 1917–1918, ese documento histórico masivo que capturó en papel el momento en que una generación entera de puertorriqueños fue llamada a responder por primera vez bajo la bandera estadounidense. Arturo tenía 22 años cuando la Ley Jones le otorgó la ciudadanía y el gobierno comenzó el reclutamiento. Nacido en Guayama, el mismo territorio donde su padre Rafael había combatido como voluntario español apenas veinte años antes, Arturo representaba ya la segunda generación de una familia en la que el servicio — a España primero, a los Estados Unidos después — era parte de la identidad más profunda del linaje. El hecho de que el mismo hombre que años después dirigiría con tanto cuidado y afecto la finca familiar en el Sector Culebras de Guamaní, que trataría a sus empleados como familia y mantendría a sus nietos repletos de frutas y mascotas,

hubiera pasado por la experiencia del reclutamiento militar en su juventud, añade una dimensión nueva a la comprensión de su carácter. Los hombres que conocen la disciplina y la exigencia del servicio militar llevan en ellos una formación que deja huella permanente en su manera de organizarse, de liderar y de asumir responsabilidades.

Alfredo Figaredo — La Segunda Guerra Mundial: El Médico en Formación, 1943

Alfredo Figaredo, nacido en 1925, se alistó el 9 de septiembre de 1943, a los 18 años, en un momento en que la guerra en Europa había alcanzado su punto de inflexión con la invasión aliada de Sicilia y la caída del régimen de Mussolini. El mismo Alfredo que décadas después se convertiría en miembro de la primera clase graduada de la Escuela de Medicina Tropical de Puerto Rico, que establecería la primera residencia de entrenamiento en psiquiatría pediátrica en la isla — ese Alfredo comenzó su trayectoria de servicio con un uniforme militar, no con una bata blanca. La experiencia militar precedió y contribuyó a moldear la vocación de servicio que definiría toda su vida posterior. El joven que se alistó en septiembre de 1943 y el médico que décadas después dedicó sus energías a los niños más vulnerables de Puerto Rico son el mismo hombre: alguien para quien el servicio — al país, a la comunidad, a los que sufren — no era una obligación externa sino una convicción interna que el tiempo y la experiencia solo habían ido profundizando.

Sixto Antonio Figaredo López — Corea, 1951: La Bala y el Frío

Ningún capítulo de la historia militar de la familia Figaredo tiene la densidad humana y la elocuencia trágica del que protagonizó Tío Toñito — Sixto Antonio Figaredo López. Los registros militares son concisos con la precisión clínica que el Ejército reserva para los momentos más extremos: Sargento de Primera Clase, baja registrada el 18 de septiembre de 1951, Sector Norte de Corea. El 65.º de Infantería — los Borinqueneers — llevaba entonces un año en Corea. El apodo lo habían elegido los propios soldados durante la travesía en barco hacia el teatro coreano en 1950: una combinación de "Boriquén" — el nombre taíno de Puerto Rico — y "Buccaneers." No era un nombre impuesto desde arriba sino inventado desde abajo, desde la cubierta del barco, por hombres que sabían exactamente quiénes eran y de dónde venían. El General MacArthur los había reconocido públicamente en febrero de ese mismo año. Pero el otoño de 1951 en el Sector Norte no era escenario de discursos laudatorios. El informe oficial del Teniente Coronel Gilberto Villahermosa documenta que ese 18 de septiembre el 65.º estaba en plena Operación Cleanup en el Valle de Chorwon, que el propio general Soule describiría como "el peor día en combate para el regimiento desde su llegada a Corea." La gravedad de las heridas de Tío Toñito era tal que debería haberlo matado: el frío ártico de Corea del Norte fue, paradójicamente, lo que impidió que las hemorragias lo vaciaran de vida antes de que llegara el socorro. El frío que normalmente mata fue, en este caso, lo que preservó la vida. Luis Enrique Torregrosa, compueblano de Sixto Antonio, amigo de la infancia, lo encontró tendido y lo recogió. En ese gesto — un hombre de Patillas salvando a otro hombre de Patillas en las colinas heladas de Corea del Norte — se concentra algo esencial sobre los lazos que los puertorriqueños llevaron consigo a esa guerra lejana y extraña. El Dr. Coco Vicens, compatriota puertorriqueño, lo atendió posteriormente. La cadena de salvación fue una cadena tejida de identidad compartida. Tío Toñito vivió con un ojo menos y una movilidad reducida, pero vivió. Vivió con máxima independencia, se casó con tía Sonia Angelí, tuvo tres hijos — Antonio, Milagros y Lourdes — y demostró con cada año adicional de su vida que las heridas de guerra podían definir el cuerpo sin definir el espíritu. El 65.º también se redimió: reconstituido en 1953 como unidad integrada, demostró en la batalla del Outpost Harry que sus soldados no habían perdido el valor que los distinguía. Los 14 Silver Stars, 23 Bronze Stars por valor y 67 Purple Hearts ganados en junio de 1953 son prueba de que Honor y Fidelidad, el lema del regimiento, no era retórica sino promesa cumplida.

Rafael Arturo Pérez Figaredo — Fuerza Aérea de los EE.UU., 20 años de servicio

Rafael Arturo Pérez Figaredo es Coronel retirado de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, con veinte años de servicio activo — el rango y la trayectoria más altos documentados en la familia. Se alistó a finales de la década de 1960 y entre 1970 y 1973 sirvió como cirujano de vuelo en Myrtle Beach Air Force Base, donde fue responsable de la salud física y mental de los pilotos que partían hacia Vietnam. Su función era evaluar su estado, autorizar o suspender su vuelo, y asegurar que quienes subían a las cabinas estuvieran en condiciones de hacerlo — y de regresar. Era el médico que se interponía entre el piloto y el avión cuando el cuerpo o la mente no daban más. A lo largo de sus veinte años en la Fuerza Aérea, su especialidad clínica fue la dermatología. Dos roles distintos, sostenidos por el mismo hombre: el cirujano de vuelo que mantuvo operativos a los pilotos de Vietnam, y el dermatólogo que durante dos décadas atendió a los miembros de la fuerza y sus familias. En ambos, la medicina como forma del servicio — continuando el hilo que desde Alfredo Figaredo en 1943 había ligado el uniforme a la bata blanca. Alcanzó el grado de Coronel — el más alto registrado en la familia — antes de retirarse.

Alfredo Pérez Cintrón — Marina de los Estados Unidos, Residencia en Medicina Familiar, San Diego

La más reciente expresión de ese hilo en la familia Pérez-Figaredo es Alfredo Pérez Cintrón, oficial médico de la Marina de los Estados Unidos, actualmente en residencia de Medicina Familiar en San Diego. Alfredo Pérez Cintrón se forma en Medicina Familiar — la especialidad que atiende al paciente en su totalidad, a lo largo del tiempo y de la vida, sin limitarse a un órgano ni a una enfermedad. La Medicina Familiar en el contexto militar significa acompañar a los miembros de la fuerza y a sus familias desde la salud cotidiana hasta la crisis — el médico que los conoce, que los sigue, que no los ve solo en el momento de la urgencia. La trayectoria de Alfredo Pérez Cintrón continúa el linaje de médicos con uniforme que la familia ha sostenido desde 1943: el Dr. Alfredo Figaredo, que transformó su alistamiento en una carrera dedicada a los niños más vulnerables de Puerto Rico; el Coronel Rafael Arturo Pérez Figaredo, que cuidó la salud de los pilotos que partían a Vietnam desde Myrtle Beach. Alfredo Pérez Cintrón es el más joven de esa cadena, todavía en formación, con toda su carrera por delante. Su presencia en estas páginas no es un cierre sino una continuación. El servicio no muere con cada generación. Se hereda, se transforma, y continúa.

El Legado que Permanece

La historia militar de la familia Figaredo abarca más de cinco décadas de conflictos que fueron, para sus protagonistas, mucho más que episodios históricos: fueron los momentos en que la vida se jugó en la moneda más extrema, en que los valores familiares del escudo heráldico — la firmeza de la plata, la generosidad de la torre, el valor del guerrero — se pusieron a prueba no en el pergamino sino en la carne y el frío y el fuego. Arturo Figaredo, registrado para la Gran Guerra desde Guayama. Alfredo Figaredo, alistado en septiembre de 1943, que llevaría la vocación de servicio de las armas a la medicina. Sixto Antonio Figaredo López, Sargento de Primera Clase, herido gravemente en el sector norte de Corea el 18 de septiembre de 1951, salvado por el frío y por la lealtad de un compueblano. Rafael Arturo Pérez Figaredo, Coronel retirado de la Fuerza Aérea, cirujano de vuelo en Myrtle Beach durante los años de Vietnam y dermatólogo durante veinte años de servicio activo. Y Alfredo Pérez Cintrón, oficial médico de la Marina de los Estados Unidos, en residencia de Medicina Familiar en San Diego — el más reciente en una cadena de hombres que han ofrecido su vida y su saber al cuidado de los demás. Cada uno de estos hombres encarnó la misma verdad que los veteranos del 65.º expresaron con tanta sencillez: era su deber. No el deber de una abstracción política, sino el deber entendido como la forma más concreta y más exigente de pertenencia a algo más grande que uno

mismo — a una familia, a una comunidad, a un pueblo que merecía ser defendido con el precio más alto que un ser humano puede pagar. La familia Figaredo pagó ese precio. Lo pagó en Guayama y en las colinas heladas de Corea, en Myrtle Beach y en los consultorios de San Diego. Y lo pagó con la misma dignidad silenciosa con que Tío Toñito regresó a Culebras en su descapotable especial, rodeado de los empleados que lo cargaron en hombros no porque fuera un héroe de leyenda sino porque era uno de los suyos, y los suyos habían aprendido — de generación en generación, desde las montañas de Viyao hasta las laderas de la Sierra de Cayey — que la lealtad a los que se ama es el valor más verdadero y más duradero que existe. Honor y Fidelidad. No solo el lema de un regimiento. El testamento de una familia.

Las Casas de los Indianos

Las casas de indiano, construcciones emblemáticas de la arquitectura española, son edificaciones levantadas entre finales del siglo XIX y la década de 1930 por aquellos naturales que emigraron a América en busca de fortuna y retornaron a sus lugares de origen con riqueza. Estas casas, encargadas principalmente por los indianos, se caracterizan por su diseño distintivo, que refleja la nueva situación social y económica de sus propietarios. Estas edificaciones no solo se erigen como residencias, sino que se convierten en símbolos de estatus y poder en sus comunidades, principalmente en regiones como Asturias, Galicia, Cantabria, las Islas Canarias y Cataluña.

El proceso de construcción de las casas de indiano estuvo mayoritariamente en manos de maestros de obra y albañiles locales, quienes, con o sin titulación, creaban estas obras imitando estilos ya existentes o tomando inspiración de álbumes y catálogos de arquitectura, muchos de ellos de origen francés. Aunque algunas de estas viviendas fueron diseñadas por arquitectos titulados, la mayoría adoptaron formas más sencillas y funcionales. La diversidad en el diseño de estas casas conjuga la simplicidad de las construcciones locales con elementos exóticos que revelan la influencia de las experiencias de los indianos en América.

Dentro de las casas de indiano se pueden identificar dos tipologías principales. La primera es la casa ecléctica, la cual presenta una volumetría compleja y detalles ornamentales que enfatizan ciertos aspectos del edificio, integrando elementos historicistas y modernistas. Por otro lado, la casa autóctona o "casa-cubo" se caracteriza por su forma más simple y un volumen unitario, evidenciando así la arquitectura tradicional local. Esta última tipología es particularmente significativa por su integración en el entorno rural, donde a menudo representan la suma de lo autóctono y lo foráneo, destacándose sus miradores y galerías voladas como rasgos distintivos.

En resumen, las casas de indiano no solo son representaciones arquitectónicas del éxito económico de sus propietarios, sino que también son testigos del intercambio cultural entre España y América. Su diseño y construcción reflejan una búsqueda de identidad y distinción dentro del contexto social y cultural de la época, dejando un legado que perdura en la arquitectura española contemporánea.

En cuanto a nuestra experiencia familiar, visitamos recientemente la VILLA BORINQUEN en Tox (Navia), una casona con una rica historia. D. Francisco Pérez emigró a Puerto Rico, donde se casó con una puertorriqueña de Borinquen, lo que originó el nombre de la casa. Construida a principios de los años cincuenta bajo el proyecto del arquitecto Ignacio Álvarez Castelao, hoy la villa alberga un restaurante que permite a los visitantes disfrutar de su encanto arquitectónico y su legado histórico.

En Gratitud

Este proyecto genealógico de nuestra familia ha sido una obra de muchos años, fruto del esfuerzo de familiares y amigos que brindaron su tiempo y cooperación para que esta obra se realizara. Les estamos grandemente agradecidos.
Reconocemos a nuestra hermana Carmen Aída, que pasó días recopilando datos en la Catedral de Oviedo, España, viajando a Patillas y a las iglesias a las que era referida para localizar los registros de Puerto Rico. Agradecemos también la ayuda de sus amigas Marisa Morcillo y Anita Loli, españolas, que la acompañaron en sus viajes por Asturias.
Reconocemos a nuestro primo, el Padre Tarcisio (Q.D.P.), quien recopiló datos de los Archivos de las Américas en Sevilla y comenzó a organizar la información obtenida en Borines, Asturias.
Reconocemos a Wilma Sierra por su ayuda con el formato del árbol genealógico de los Figaredo.
Con gran aprecio y agradecimiento reconocemos a los señores Edwin Latalladi y Filipo Gely, que nos informaron sobre los detalles históricos de nuestros antepasados en Patillas a través de su narrativa y del libro del señor Latalladi, Patillas en la Encrucijada, donde nuestros abuelos residieron.
Deseamos resaltar el trabajo de recopilación de datos y la creación del formato de libro de Roxana Pérez Méndez. Su intervención fue pieza clave en la finalización de este proyecto. Miembro de la quinta generación de la familia, le estamos grandemente agradecidos.
La pregunta al abuelo, y su contestación, resultaron en una misión investigativa que duró varias décadas. Estamos satisfechos con el resultado y esperamos que sea un punto de avance hacia el futuro. Estamos orgullosos de nuestros antepasados, que forjaron los primeros cimientos de nuestra existencia. Estos hombres y mujeres fueron los grandes protagonistas de nuestra historia. Nuestro eterno agradecimiento y admiración a todos.
¡Misión Cumplida!